

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO (¿1490? – 1550)

*AULA DE CORTESANOS*

ÍNDICE:

ACTO I  
ACTO II  
ACTO III  
ACTO IV  
ACTO V  
ACTO VII  
ACTO VII  
ACTO VIII

INTERLOCUTORES

LUCRECIO  
PRUDENCIO

Dedicatoria

Al doctor Carnicer

Muy noble y magnífico señor: Días ha que v. m. me encomendo scribiese por amor suyo en, metro castellano alguna cosa de la vida y miserias de palacio, a exemplo de algunos que en latín han hecho lo mismo; como fué Eneas Silvio y Enriquo Huteno, alemán, y otros, por ventura, que yo no sé. V. m., quanto a lo primero, perdono la tardança que ha habido en el cumplimiento de su mandado porque allende de otros mis cuidados, ocupaciones y aun dolencias ordinarias, el poco ingenio y gracia que siendo mancebo tuve para semejantes y para otras, no lo siento con la vejez menos enflaquescido y menoscabado que las otras fuerças corporales; porque, en fin, todas las cosas en este mundo tienen su razón, la cual pasada o no venida, es manifiesta la falta que padescen. Y conociendo yo ésta en mí, y aun confesándola, tengo intención de dar licencia a la pluma y echarme en la baraja de aquí adelante en caso de trovas, pidiendo perdón agora de la poca gracia y valor desta presente; la cual, pues ha sido hecha por vuestro mandado y servicio, a quien yo tan grande y devota obligación tengo, v. m. la defienda y se ponga a la culpa, excusando la mía, no solamente quanto a la desgracia en la obra, mas aun quanto al estilo que no dudo será notado de baxo y poco grave; lo cual yo, a la verdad, en semejantes obras prolixas, en parte hago de industria, a fin que se lean con menos

enhado. Pues aun con toda su baxeza y facilidad, no suelen carecer dél, quanto más si se escribiesen en otro estilo mayor, que, por perfecto que sea, no dexa a ratos de enhadar y empalagar los lectores, presupuesto que las trovas castellanas no son aun de tanto crédito y auctoridad en caso de veras, que puedan ponerse en la mesa por manjar principal, sino por fructa. Yo, señor, he hecho en esto del Aula lo que he sabido, invita Minerva; v. m. y los demás que la leyeren resciban la voluntad a troque del trabajo que me cuesta; que aun ésto me alcanzó por ser hombre de palacio. Dios saque a v. m. dél con la libertad y prosperidad que desea. De Praga a quatro de setiembre. 1547.

## ACTO I

LUCRECIO No sé qué camino halle  
para tener de comer,  
y conviéneme buscallo,  
por que al fin es menester,  
pese a tal;  
que veo que cada qual  
pone todo su cuidado  
por ser rico y, principal,  
y no vivir afrontado  
con pobreza;  
lo cual, aunque no es vileza,  
según el dicho vulgar,  
eslo en fin si por pereza  
dexa el hombre de llegar  
a ser algo.  
Yo, pobre gentil hidalgo,  
de bienes desguarnescido,  
si por mí mesmo no valgo,  
siempre viviré corrido  
sin reposo;  
y al mancebo virtuoso,  
obligado a más valer,  
para vivir deseoso,  
más le valiera no ser  
entre gentes.  
Pues confiar de parientes  
el que no tiene de suyo,  
más cerca tiene sus dientes,  
y es, gran cosa, ave de tuyo.  
No hay hermano  
ni pariente tan cercano,  
ni amigo tan de verdad,  
como el dinero en la mano  
en cualquier nesciedad.

Cualquier cosa,  
fácil o dificultosa,  
se alcanza con el dinero,  
y se nos muestra graciosa  
donde él va por mensajero  
del deseo.

No hay tan despierto correo,  
ni cosa que haber se pueda,  
que no venga de boleo  
a complirse do hay moneda,  
sin que pene  
por ella aquel a quien viene,  
mas el pobre pena y muere,  
porque quien dineros tiene,  
dicen hace lo que quiere.

Y así va  
el mundo, do nunca habrá  
en este caso mudança;  
que nadie vale más ya  
de cuanto tiene y alcanza,  
como vemos  
en mil ruines que sabemos  
presumir de caballeros,  
de quien gran caso hacemos  
por solo tener dineros  
y poder,  
y otros que, por carescer  
destes bienes temporales,  
nadie los echa de ver  
siendo nobles y leales;  
de manera  
que me esfuerça, aunque no quiera,  
por no dormir en las pajas,  
buscar camino o carrera  
de mejorar mis alhajas.

Y salir  
por el mundo a descubrir,  
sin volver la cara atrás,  
algún modo de vivir  
para venir a ser más.

Mas primero,  
según hace el marinero  
cuando sale de arrancada,  
es de ver adónde quiero  
enderesçar mi jornada,  
y mirar

desde luego a encaminar  
la nave a seguros puertos,  
pues dicen que al enhornar  
se hacen los panes tuertos;  
que después  
que el barco da de través  
la enmienda suele ser dura;  
y así el bien, acertar es  
do consiste la ventura.

Yo, mancebo,  
si agora que el tiempo nuevo  
d'escoger me da lugar,  
no lo acierto como debo,  
siempre tendré qué llorar.

Ocho estados  
suelen ser los más usados  
del vivir entre los buenos;  
los cuales, aquí notados,  
escogeré por lo menos  
uno honroso,  
a vueltas de provechoso,  
sin lo cual no hay nada hecho;  
caso que es dificultoso  
juntar honra con provecho.

oficial  
no me parece muy mal  
si en nobles no fuese vicio;  
que aunque es sucio el delantal  
quien ha oficio ha beneficio;  
y es seguro  
como hacienda de juro  
do quier que el hombre se vea;  
mas la honra que procuro  
lo excluye por cosa fea.

Mercader  
es cosa a mi parecer  
también de harta ganancia,  
y que lo puede bien ser  
el que tuviere sustancia  
para ello;  
y así, yo no puedo sello  
ni aún de agujas y albaquías,  
si de orejas y cabello  
no hago mercaderías.  
mas no sé,  
si ya que tuviese qué

vender y sacar en tienda,  
a mi verdad y a mi fe  
pornía en tanta contienda  
de conciencia;  
cuanto más, que aquella sciencia,  
ya que traiga utilidad,  
tiene a vueltas penitencia  
y poca seguridad,  
y el sentido  
vigilante, embebecido,  
con recato y con aviso  
en mil partes repartido,  
y muy poco en paraíso.  
Pues letrado,  
para vivir de abogado,  
o médico principal,  
que demás de ser honrado,  
es oficio interesal,  
bien vernía;  
mas no fué la suerte mía  
que yo letras aprendiese,  
ni que con tal granjería  
mi nesciedad pudiese  
proveer.  
Lexos van de mi saber  
las leyes y medicina,  
salvo escribir y leer  
y mi latín de cocina;  
pero, dado  
que las hubiera estudiado,  
no sé cómo usara dellas;  
porque pienso haber pecado  
en la forma de vendellas  
a la gente,  
por ser de otras diferente  
el uso destas dos artes,  
vendiéndose comúnmente  
al antojo de las partes,  
sin tasar  
lo que merescen ganar;  
y así se halla cirujano  
qu'es peor en desollar  
que Falaris el tirano.  
El estado  
de la guerra y ser sol dado  
como muchos buenos son,

es cosa también que ha dado  
a muchos reputación  
y dineros;  
señores y caballeros,  
personas de presunción,  
se prescian de ser guerreros,  
y son desta profesión  
generosa;  
mas veo que es una cosa  
en que andan de pasada  
la vida muy peligrosa  
y la honra delicada,  
todo en vano;  
cuyo vivir inhumano  
nunca bien me pareció,  
porqu'es un pueblo profano,  
que hoy somos, mañana no,  
y a porfía.  
de la Iglesia no sería  
mal librado mi partido,  
si de cualquier calongía,  
pudiese ser proveído,  
según veo  
que lo son a su deseo  
otros de menos valor,  
que con pompa y con arreo  
pasan la vida a sabor,  
sin cuidado,  
quedándoles reservado  
su derecho so la capa  
de subir de grado en grado  
hasta llegar a ser papa  
cualquier prete;  
mas no se inclina ni mete  
a serlo mi devoción,  
porque loba ni bonete  
no son de mi condición,  
ni me oso  
tampoco a ser religioso  
inclinár, bien que podría  
si en ello fuese dichoso  
de alcançar un abadía;  
más es larga  
la esperança y muy amarga  
aquella forma de vida,  
y aun para algunos es carga

muy pesada y desabrida,  
y el reposo,  
que por defuera es sabroso  
y convida a tal vivienda,  
dentro diz que es achacoso  
y mezclado de contienda,  
que le atierra.  
pues quien no huelga de guerra,  
ni de oilla ni de vella,  
fresco estará si se encierra  
do siempre viva con ella  
trabajado;  
después de todo probado  
cuanto el mundo puede dar,  
y de ello desesperado,  
esto no podría faltar.  
Y así quiero  
darme como hombre granjero  
al campo y a la labor.  
y a tornarme de escudero,  
rico, honrado labrador,  
no haría  
yerro, pues por esta vía  
los padres del Testamento  
gozaron con alegría  
de grandes bienes sin cuento,  
verdaderos.  
pues acá en los ganaderos  
del Consejo de la Mesta,  
de montones de dineros  
no se hace mucha fiesta  
ni caudal;  
mas hay en el bien un mal,  
que aunque yo quiera hacer  
lo mismo, no hay un real  
con que por obra poner  
tal afán,  
pues no alcango un solo pan,  
casa ni tierra ni viña,  
y como dice el refrán,  
ni una haça en la campiña  
que labrar.  
así que, cumple pensar  
en otra suerte de cosa  
de que yo me pueda honrar  
y me sea provechosa;

y no veo,  
para cumplir mi deseo,  
pensando en ello despacio,  
sin andar por más rodeo,  
sino acogerme a palacio  
de algún rey  
o príncipe de mi ley,  
gran señor o gran perlado,  
sometiendo como el buey  
mi cabeça a su mandado  
por medrar,  
y en algún tiempo llegar  
a ser lo que otros han sido,  
pues hay muchos que notar,  
que por servir han subido,  
dios mediante  
y su industria vigilante,  
a ser grandes de pequeños,  
y algunos tan adelante,  
que son dueños de sus dueños  
y señores,  
con privanças y favores  
más que yo puedo decir,  
y más riquezas y honores  
que ellos pudieron pedir  
ni querer.  
ya, pues, podrá suceder,  
si mi ventura lo guía,  
que yo también llegue a ser  
uno destes algún día;  
y así, inclino  
a tomar este camino  
mi voluntad sin más ocio,  
caso que no determino  
la ejecución del negocio  
hasta ver  
cerca della el parescer  
de Prudencio, mi pariente,  
que con su mucho saber  
dirá en ello lo que siente  
claro y llano,  
y como fiel hombre anciano,  
me hablará sin engaños,  
cuanto más qu'es cortesano  
de cuarenta y tantos años;  
y no siento



a quien con más fundamento  
comunique que a este viejo,  
para que mi pensamiento  
quede con su buen consejo  
descansado.

A la puerta está asentado,  
y es ya después de comer.  
Tomarlo hé regocijado;  
parlarémos a placer.

## ACTO II

PRUDENCIO ¿Dónde bueno por acá?  
¿Cómo va, señor sobrino?

LUCRECIO Bien, señor Prudencio, va  
a ratos, y mal contino.

PRUDENCIO ¿Cómo así?

LUCRECIO Porque, aunque me veis aquí  
sano y bueno al parescer,  
no alcanço un maravedí,  
ni sé de dónde lo haber.

PRUDENCIO Con salud,  
que tenéis y joventud,  
no hay riqueza que se iguale,

LUCRECIO Es verdad mas la virtud  
sin hacienda poco vale;  
por lo cual,  
como a deudo principal,  
vengo a daros, señor,  
de mi bien y de mi mal,  
para atajar el afrenta  
con que vivo;  
que visto que la rescibo  
en lo poco que aquí gano,  
he tomado por motivo  
de hacerme cortesano  
y servir  
en palacio, por subir  
a ser mejor algún día;  
lo cual pienso conseguir

presto por aquella vía,  
qu'es honrosa;  
mas, porque cualquiera cosa  
que ha de ser bien acertada  
se hace más ventajosa  
con buen consejo guiada,  
y son raros  
los buenos consejos claros,  
quiero en esta mi ocurrencia  
señor Prudencio, rogaros  
que con la mucha prudencia  
que tenéis,  
por el bien que me queréis  
y gran virtud que en vos cabe,  
vuestro parecer me deis,  
como aquel que bien lo sabe.

PRUDENCIO Yo, Lucrecio,  
bien puedo pecar de nescio,  
como otros muchos lo son,  
mas, a lo menos, me precio  
de verdad y de razón,  
y estas dos,  
cuanto al mundo y cuanto a Dios,  
allende de lo que os quiero,  
me obligan a ser con vos  
fiel, leal y verdadero.  
Claro veo  
dispuesto vuestro deseo  
a la vida de palacio,  
y cosa tan de rodeo  
cumple tomarla de espacio  
y vagar  
para podello tratar;  
y pues hay bien que hacer,  
debeis aquí asentar,  
que bien será menester  
y'os prometo;  
y decidme aquí en secreto  
qu'es la causa y fundamento  
de aqueste vuestro conceto,  
voluntad y pensamiento  
cortesano;  
porque suelo el seso humano  
a veces en escoger  
errarse, y salir en vano

lo que piensa que ha de ser  
provechoso,  
y lo de lexos hermoso  
tener de cerca otra vista,  
y engañarse en lo dudoso  
muchas veces por la listo  
y opinión.

LUCRECIO Tenéis, Prudencio, razón,  
y os confieso ser así;  
pero desta mi intención  
yo os diré la causa aquí  
brevemente;  
y es que veo mucha gente  
en palacio que de chicos  
llegan sin inconveniente  
a ser muy grandes y ricos  
y dichosos,  
y los veo andar pomposos,  
ufanos y bien vestidos  
honrados y poderosos,  
privados y favoritos  
y contentos,  
sin temer los movimientos  
de la mar ni de la, tierra,  
ni los acontecimientos  
y peligros de la guerra  
trabajosa;  
y qu'es la corte una cosa  
alegre, regocijada,  
de provechos abundosa,  
y a vueltas dellos honrada,  
y a mi ver,  
aunque dicen en no caber  
en un saco honra y provecho,  
en palacio a su placer  
duermen ambos en un lecho;  
y he pensado  
que yo, que soy inclinado  
al provecho con honor,  
no podré en otro estado  
vivir más a mi sabor.

PRUDENCIO Bien me agrada  
esa cuenta, y bien fundada  
va también vuestra sperança,

si de Dios está ordenada  
vuestra dicha y bienandanza  
sin afán,  
según el dicho o refrán  
que dicen: «Todo es ventura,  
comer en palacio pan  
a sabor y con hartura.»  
Y ¡oxalá,  
señor Lucrecio, pues ya  
ser cortesano queréis,  
os vaya tan bien allá  
como vos lo merecéis  
y acordáis!  
y que a la corte do vais  
sea Dios el que os conduce,  
aunque no es como pensáis,  
todo oro lo que reluce,  
ni es igual  
a todos en general  
en palacio la fortuna;  
que a unos es parcial,  
y a otros brava, importuna;  
a unos da muy por tasa  
los bienes bien merecidos,  
con otros excede y pasa  
de los límites debidos  
de favor.  
Y porque entendáis mejor  
lo que de la corte pienso  
y he visto por mi dolor,  
tomemos más por extenso  
la materia.  
Vos pensad que es una feria  
la corte de trafagantes,  
donde unos pasan miseria  
y, otros viven triunfantes,  
abastados;  
pero bien examinados  
los de más y los de menos,  
todos andan de cuidados,  
congojas y ruinas llenos,  
no bastante  
bien ninguno, aunque abundante,  
a que no pene por más,  
y por pasar adelante  
o por no volver atrás,

y crecer;  
pero el más o menos ser  
no salva sus coraçones  
de envidias y mal querer  
y despechos y pasiones.  
Las riquezas,  
bienes, mandos y grandezas  
que alegais y encaresceis,  
mezclados van de gravezas,  
que vos, Lucrecio, no veis;  
de las cuales  
resultan trabajos tales,  
que a las veces es mejor  
la cama de cabeçales  
en que duerme el labrador  
muy sin pena;  
y así, nuestro Juan de Mena  
cuenta por vida segura  
la mansa pobreza, ajena  
de los tragos de amargura  
cortesanos,  
adonde los más cercano  
del favor que los convida  
andan más ciegos y vanos  
y más lexos de la vida  
descansada,  
en la cual es todo nada  
si le falta libertad,  
y ha de andar siempre colgada  
de la ajena voluntad,  
como el buey  
del arado, tras la ley  
del dueño que lo posee;  
y así, aquel dicen ser rey  
el que al Rey jamás no vee,  
ni por ello  
se mata fasta temello,  
obedeciendo sus fueros,  
pues cualquiera puede sello  
en torno de sus pucheros  
y hogar,  
del cual es dicho vulgar:  
«Cien doblas dice que vale,  
y no hay más que desear,  
si de compás no se sale».  
Ser merino,

como dicen, de un molino,  
de sabios es aprobado;  
pero no lo es ir contino  
tras los reyes afanado  
locamente.

Cuatro suertes hay de gente  
a quien esta profesión  
de palacio se consiente  
por diferente razón:

los primeros  
son nobles y caballeros,  
y otros mancebos de corte,  
que allí gastan sus dineros  
por su placer y deporte,  
por hallar  
conversación y lugar  
conforme a sus ejercicios,  
con libertad de gozar  
de sus virtudes y oficios  
y deseos,  
galas y trajes y arreos,  
danças, juegos y primores,  
fiestas, justas y torneos,  
y regocijos de amores,  
en que emplean  
sus tiempos, y se pasean  
por las cortes muy polidos,  
y las adornan y arrear  
como al cuerpo los vestidos  
y es honor,  
cuanto al lustre exterior,  
en la corte el tal oficio,  
de que el Rey o gran señor  
recibe mucho servicio,  
como estado  
en ella bien empleado  
durante la mocedad,  
y la pasa sin enfado  
la nueva gentil edad  
mientras dura.

Otros hay que la ventura,  
como madrastra enemiga,  
les dió en corte sepultura  
con pobreza y con fatiga  
perdurable;  
cuya suerte miserable,

desque los mete en miseria,  
nunca les es favorable  
para salir de laceria,  
ni poder  
llegar jamás a tener  
más de lo que el primer día,  
ni para se retraer  
tampoco de su porfía  
cortesana;  
y de la esperançã vana  
inducidos y engañados,  
do pensaron sacar lana  
se hallaron trasquilados,  
sin ser más;  
y saliendo de compás  
ya su edad con lo esperado,  
no pueden volver atrás,  
y quedan mate ahogado,  
como el pece,  
que en el agua al fin perece;  
según el refrán lo quiere,  
el que en palacio envejece,  
en pesar dicen que muere.  
Destos tales  
se pueblan los hospitales,  
que no sabiendo dónde ir,  
en los palacios reales  
les es forçado morir.  
Los terceros  
son otros más estranjeros,  
personas estravagantes,  
legados y mensajeros,  
fatores y negociantes,  
que allí van,  
y en la corte donde están  
se tienen por peregrinos;  
mas con trabajo y afán  
la siguen por los caminos  
y carreras,  
y de burlas y de veras,  
por el tiempo que les cabe,  
padescen de mil maneras,  
y prueban bien a qué sabe  
ser fatores;  
por servir a los señores  
o negociar de otra suerte,

sufren duelos y dolores,  
y algunas veces la muerte  
temerosa,  
tras la justicia dudosa,  
andando continuo en vela,  
o como la mariposa  
en torno de la candela  
deslumbrados;  
mas los menos mal librados  
son estos a la verdad,  
pues los pleitos acabados,  
vuelven a su libertad.  
Ausentada.

La cuarta gente granada  
que navegan con buen norte,  
a quien es licencia dada  
de la vivienda de corte,  
son aquellos  
que la mandan, y en pos de ellos  
se ya la gente golosa,  
y algunos por los cabellos,  
aunque muestran otra cosa.

Estos son  
los que en la gobernación,  
tienen poder, y los senos  
aforrados de pasión,  
y de sudores ajenos  
se enriquecen.  
estos son los que parecen  
al mundo cosa divina,  
y les sirven y obedecen  
con diligencia continua  
muy crecida,  
y su boca es su medida  
con sobrado cumplimiento  
de cuanto hay en esta vida,  
excepto contentamiento  
y hartura,  
porque cuanto su ventura  
y astucia les acarrear  
no basta, según natura,  
al sosiego que desean;  
y al sabor  
de la privança y favor,  
riquezas, mandos y honores,  
créceles más el ardor



de la corte y sus amores;  
en la cual,  
según dice Marcial,  
tres o cuatro comunmente  
se gozan lo principal,  
los otros andan a diente.  
etos grados  
aquí, Lucrecio, notados  
son los que a mi parescer,  
en palacio perdonados  
y admitidos, pueden ser  
costreñidos,  
convidados o movidos,  
unos por nesciedad  
y otras por embebecidos  
en la tal prosperidad  
y grandeza,  
otros por la gentileza  
de la edad en su sazón,  
y algunos por la graveza  
de accidental ocasión,  
que se ofresce:  
a uno porque carece  
de otro medio de vivir,  
y a otro porque floresce,  
y huelga de se servir  
de los buenos;  
los unos por estar llenos,  
y los otros por vacíos,  
por carta de más o menos  
se quedan allí estantíos,  
aislados;  
mas, fuera de estos estados,  
que tocan en los extremos,  
hay otros menos forçados,  
a quien más culpa ponemos;  
y éstos son  
los que en esta profesión  
cortesana, ni son ricos  
ni de pobre condición,  
ni muy grandes ni muy chicos,  
que podrían  
apartarse, y vivirían  
sin la corte y sin querella,  
y aparte, carecerían  
de cien mil trabajos della

que hay allí;  
y no lo haciendo así,  
estos son los más errados,  
y podeis contarme a mí  
por uno de los culpados.

### ACTO III

LUCRECIO Ya, señor Prudencio, entiendo  
Lo que antes no sabía,  
y me parece ir sintiendo  
un poco más que solía  
de este cuento.  
Ya tomo conocimiento  
qu'en la corte hay bueno y malo,  
y que tras su seguimiento  
se da del pan y del palo;  
mas si os place,  
lo que a mi negocio hace,  
más por menudo se note,  
porque antes que me enlace  
mire por do va el virote,  
y me avise,  
porque ninguno me piso,  
de arrimarme a lo más firme,  
para que desto que quise  
no convenga arrepentirme,  
ni lo espero;  
pero suplícoos y quiero  
que desos estados todos  
me digáis, señor, primero  
las condiciones y medos,  
y su vida,  
para que, bien entendida,  
aunque sea brevemente,  
sepa buscar la salida,  
y huir de su inconveniente,  
si pudiere  
y mi ventura quisiere,  
pues el hombre apercebido,  
dicen que do quier que fuere  
va ya medio defendido.

PRUDENCIO A mi ver,  
bien oí; será menester

cualquier apercibimiento,  
Lucrecio, para hacer  
tal jornada con buen tiento,  
y pensar  
que la corte es un gran mar,  
profundo, tempestuoso,  
por do habéis do navegar,  
que suelo ser peligroso  
de tormentas,  
contrastes y sobrevientas,  
con viento nunca bien cierto,  
do se pasan mil afrentas  
antes de llegar a puerto,  
y no llegan,  
dos, de dos mil que navegan,  
a los puertos deseados,  
que en el camino se anegan  
y son manjar de pescados;  
sin sacar,  
con vela y trasnochar,  
de su hilado mazorca,  
y antes de ver el lugar  
les aparece la horca.  
Y así andando,  
con fortuna navegando  
por las ondas de la corte,  
van con el mar peleando,  
sin mostrárseles el norte  
jamás claro,  
San Telmo ni San Amaro,  
y en lo más grave del mar  
menos socorro y amparo,  
aparejo ni señal  
de bonança;  
o ya que haga mudança,  
subcede contraria calma,  
de que ningún bien alcança  
el cuerpo y menos el alma.  
Pues mirados,  
demás desto, los estados  
de los que tras corte guían  
bien pueden ser comparados  
a los peces que se crían  
en los mares;  
tantos cuentos y millares,  
formas y suertes de gentes,

d'estados particulares  
y entre sí tan diferentes,  
hay continas  
en la corte por vecinas  
como están las mares llenas  
desde muy chicas sardinas  
hasta muy grandes ballenas;  
mas pensad  
que, aunque son de calidad  
diversos y de figura,  
en buscar su utilidad  
todos son de una natura  
y de un arte,  
y sin que nadie se harte,  
unos a otros se tragan,  
pero por la mayor parte  
los más pequeños lo pagan,  
y se ahoga  
el que al remo bien no boga  
por ser de fuerças menguado,  
que, según dicen, la sogá  
quiebra por lo más delgado;  
y en la mar  
suelen los vientos soplar,  
dando pesar o placer,  
y unas veces ayudar  
y otras echar a perder;  
y estos son,  
en la corte, la ambición,  
favor, envidia, maldad,  
pobreza y uso ladrón,  
viciosa superfluidad,  
y otros tales  
nordestes y vendavales,  
que llevan a ley de vuelo,  
unos a los arenales,  
y otros levantan al cielo.  
La primera  
es viento, que por do quiera  
tiene fuerça principal,  
mas en palacio se esmera  
y muestra más general,  
y no hay cosa  
tan ardua ni peligrosa,  
tan pública ni secreta,  
que la ambición deseosa

no la emprenda, y acometa.  
Este viento  
con contino movimiento  
hiere, sacude y altera  
las velas del pensamiento,  
a que no pueda ni quiera  
ver reposo;  
y así, ningún ambicioso  
puede jamás sosegar,  
porque vivo congoxoso  
por subir y por mandar  
y poder,  
por fas o nefas, crecer  
en honra y autoridad,  
y por ellas posponer  
cualquiera fe y amistad,  
ley y amor.  
el segundo es el favor,  
viento cierço, que cercena  
y sopla con gran furor  
hasta romper el antena  
de la nave;  
con unos blando, suave,  
con mar bonança y en popa,  
con otros duro y muy grave,  
por proa, donde les topa;  
y éste es  
el que levanta los pies  
en la corte a ruinos gentes  
y hace dar de través  
a otros bien merescientes,  
y desquicia  
las puertas de la justicia,  
vendiéndola muchas veces,  
porque de nuestra caricia  
allí tuercen los jueces  
la balança,  
y lo que un bueno no alcança  
con virtud y con razón,  
lo suele dar la privança  
a otros que no lo son.  
Pues pensad  
que la envidia y la maldad  
son dos vientos regañones,  
que aun contra la caridad  
suelen mostrarse leones

mordedores,  
que delante los señores  
y do quiera que se hallan,  
sirven de murmuradores  
y tiran piedras y callan.  
pues pobre a  
es viento que en ligereza  
suele entre otros señalarse,  
porque hombre con pereza  
no puede bien concertarse,  
ni dexar  
día ni noche de buscar  
lo de que padece mengua;  
y de aquí vienen a hablar  
las picaças nuestra lengua;  
que ninguno  
se huelga estar en ayuno,  
y este viento de codicia,  
demás de ser importuno,  
no carece de malicia,  
por querer  
por bien o mal proveer  
en sus duelos y pesares,  
y por tener de comer  
róballo de los altares,  
sin más tiento.  
El otro terrible viento  
es la costumbre de cosas,  
ladrón público y exento,  
que las hace ser forçosas  
por tal vía,  
que tras una bobería  
o locura cortesana  
se van de noche y de día  
con solicitud muy vana  
mil perdidos,  
burlados, embebecidos,  
al hilo de la costumbre  
de los trajes y vestidos,  
siguiendo la muchedumbre,  
que los lleva  
tras cualquier cosa nueva,  
sin saber por qué se hace,  
sino porque se lo aprueba  
el uso que les aplace;  
porque yo,

sólo después que volvió  
el Rey Católico a España  
y en Burgos se le juntó  
de gente nuestra y extraña  
gran gentío,  
cresciendo a todos el brío  
con las nuevas experiencias  
he visto en el atavío  
más de treinta diferencias  
palacianas,  
paresciéndoles galanas  
por ser de tierras ajenas,  
y aunque algunas harto vanas  
el uso las hace buenas;  
con el cual  
anda junto a la cabal  
otro viento destemplado  
qu'es gasto descomunal,  
superfluo, demasiado  
en comer,  
vestir, jugar y hacer  
otros excesos costosos,  
con que al fin vienen a ser,  
de pródigos, codiciosos  
y tiranos,  
asiendo con ambas manos  
cuanto pueden apañar  
de moros y de cristianos,  
para tener qué gastar.  
suele haber  
también, según podéis ver,  
en la mar peñas y rocas,  
donde se suelen romper  
en la mar fustas no pocas,  
y éstas son  
en corte la indignación,  
ira y saña y disfavor,  
con razón o sin razón,  
del rey, príncipe o señor,  
o sospechas  
derechas y no derechas,  
y malas informaciones,  
que se tiran como flechas  
y enclavan los coraçones  
y sentidos  
de los más bien entendidos

príncipes y recatados,  
a pensar ser ofendidos  
de sus mayores privados,  
do el favor  
se convierte en desamor,  
y se toma en posesión  
el más leal de traidor;  
tanto puede la opinión  
diferente,  
teniendo por delincuente  
al justo de allí adelante,  
al bueno por negligente  
y al sabio por ignorante.  
estos tales  
accidentes naturales  
son escollos y baxíos  
en los palacios reales,  
do se pierden los navíos  
cuando topa  
en ellos la proa o popa,  
y cuando así se tropieça  
algunos pierden la ropa,  
otros pierden la cabeça,  
según dan  
exemplo con su desmán  
dos condestables a una  
en tiempo del rey don Joan,  
Ávalos y aquel de Luna  
sin igual,  
y el gran inglés cardenal,  
eboracense tan bravo,  
tratado tan bien y mal  
de su rey Enrique Octavo;  
y tras él,  
su sucesor Cramuel,  
a quien este rey nombrado  
al cabo fué tan cruel,  
habiéndolo gobernado  
dulcemente;  
mas dado en el accidente  
de su saña sospechosa,  
perdieron, en continente,  
honra y vida y toda cosa  
con afán.  
y al cabo por aquí van  
muchos, como fué Abrain



acerca de Solimán,  
con quien hizo mala fin.  
pues notad  
que en la mar sin piedad,  
demás destas sus tormentas,  
tampoco hay seguridad  
de sus peligros y afrentas  
ordinarios  
de ladrones y corsarios,  
que en palacio es cosa cierta  
ser malsines adversarios,  
metidos en encubierta  
asechança,  
que aunque vais con mar bonança  
os saltean en poblado  
y os atajan la speranza  
del descanso deseado.  
Veis aquí  
por lo que antes prometí,  
Lucrecio, entre éstas y éstas,  
lo que me parece a mí  
para en parte de respuestas  
cerca desto;  
lo cual as propuesto,  
pues lo entendéis, como pienso,  
a lo demás estoy presto  
de responder por estenso.

#### ACTO IV

LUCRECIO Señor Prudencio, bien veo  
cuán por orden y razón  
y conforme a mi deseo  
l'eváis esta relación  
como diestro.  
Bien dice el proverbio nuestro  
qu' «El que las sabe, las tañe»;  
y así yo con tal maestro  
bien es que me desengañe  
y aperciba  
a subir la cuesta arriba,  
y el trabajo a que me atrevo  
en paciencia lo reciba,  
y no le tenga por nuevo  
puesto en él,

que, aunque mancebo novel,  
ya sé bien que, en esta vida  
no suele ser todo miel  
lo que con ella convida,  
ni hay estado  
tan seguro y descansado  
en este mundo traidor,  
que al fin no esté rodeado  
de afán, peligro y dolor  
comúnmente;  
y así por el consiguiente,  
entiendo bien a la llana  
no faltar inconveniente  
en la vida cortesana  
tras que voy;  
pero, como dixes, estoy  
inclinado a darle un tiento,  
porque para quien yo soy  
otra mejor no lo siento;  
quanto más,  
que tomando a lo de atrás  
que decís de los estados,  
que en el término y compás  
en corte son aceptados  
los primeros  
mancebos libres, solteros  
y la fresca juventud,  
hidalgos y caballeros  
inclinados a virtud  
singular;  
en ningún otro lugar  
de más honra y más deporte  
pueden tan bien emplear  
su tiempo como en la corte,  
triunfando,  
discurriendo y paseando  
por los palacios y salas,  
a sí y a su rey honrando  
con, gentilezas y galas.  
y aprendiendo.  
Mil lindezas, que viviendo  
sirven después cada día  
al arte que van siguiendo  
de proeza y cortesía,  
de do salen  
grandes varones que valen,

después para gobernar  
y para que se señalen  
en el arte militar;  
y se eligen  
hombres sabios que corrigen  
a otros con su prudencia,  
y que en paz y en guerra rigen  
el mundo con la experiencia  
con que van;  
según el Gran Capitán,  
por dichos de muchos sé,  
por cortesano galán  
salió a ser aquel que fué;  
de manera  
que desde la edad primera  
paresce que en el estado  
de palacio está cualquiera  
hidalgo bien empleado,  
porque allí,  
según habéis dicho aquí,  
aprenden gentil crianza,  
y echan cargo al Rey de sí  
para tener esperança  
de medrar.

PRUDENCIO No os lo puede eso negar,  
cierto, Lucrecio, ninguno,  
ni nadie debe estorbar  
su desinio a cada uno,  
porque son  
de diversa condición  
los paresceres humanos,  
y cualquiera profesión  
tiene al fin sus perrochanos.  
no hay oficio  
de tan civil ejercicio,  
ni aun de sucios curtidores,  
que en su uso y su servicio  
no le sobren servidores  
y oficiales,  
y en los palacios reales  
tamblén hay, por su natura,  
quien por causas especiales  
vaya a probar su ventura;  
mas si yo  
al tiempo que me llevó

allá mi dicha, supiera  
lo que después me mostró  
la experiencia verdadera,  
no sin daños,  
y entendiera los engaños,  
creedme, Lucrecio, a mí  
que aquellos mis nuevos años  
no se gastaran así;  
mas yo, estando  
so ajeno poder y mando,  
a la corte fuí llevado  
en tiempo de Don Fernando,  
inclito rey, señalado  
en bondad,  
valor y prosperidad  
entre los príncipes buenos,  
siendo entonces yo de edad  
de quince años, y aiwi de menos,  
no cumplidos,  
los cuales doy por servidos  
antes de venir allí  
y los demás por perdidos  
después que a la corte fuí.  
y si fuese  
posible que yo pudiese  
tornarlos a recibir,  
daría buen interese  
por tornarlos a vivir,  
y pasar  
en otra parte o lugar  
de más sosiego y asiento,  
de do pudiese sacar  
menos arrepentimiento  
y manquera;  
y si Dios hijos me diera  
en quien ésto se enmendara.  
Tan mal padre no les fuera,  
que en corte los empleara.

LUCRECIO ¿Cómo no,  
señor Prudencio? Pues yo  
no creía ni pensaba  
sino qu'el que se crió  
en corte se aventajaba  
con servir,  
conversar y ver y oír

diversas cosas y gentes,  
de donde suelen salir  
más discretos y prudentes,  
avisados,  
valerosos, bien criados.

PRUDENCIO Y aún podéis decir pomposos;  
mas muchos, desvergonçados,  
deshonestos y viciosos,  
baratones,  
jugadores y glotones,  
y otras tales gallardías,  
con otras conversaciones  
y peores compañías;  
pues llegados  
más adelante a los grados  
de la edad del gallear  
en que a ser enamorados,  
comienzan ya a loquear  
y estirarse,  
sospirar y requebrarse,  
echar el ojo a las damas,  
y a la causa embaraçarse  
en nuevos pleitos y tramas  
y honduras  
de simplezas y locuras,  
barajas y competencias,  
de do manan travesuras,  
enojos y diferencias  
y quistiones,  
discordias y disensiones,  
fruta de la ociosidad,  
a que les dan ocasiones  
la soberbia y vanidad  
tras que van.  
A no pocos también dan  
ocasión sus liviandades  
de comer después su pan  
con dolor y enemistades  
y cuidados,  
porque quedan obligados  
a puntos de honra y afrenta,  
de donde los afrentados  
viven vida descontenta  
con dolores,  
y si son afrentadores,

peligrosa y mal segura,  
con recelos y temores  
de la vengança futura,  
que merescen;  
do se siguen y recrecen  
desastres y desvaríos  
con que a las veces perecen  
en campos y desafíos;  
o porfías,  
contiendas y fantasías,  
y sospechas y querellas,  
do viven amargos días,  
y mueren al fin con ellas  
en ruido,  
como creo habéis oído,  
más, Lucrecio, de una vez  
que en la corte acaecido  
han cosas deste jaez  
según d'ante  
por un caso semejante  
y desconcierto galán  
fué el pleito del Almirante  
con Ramiro de Guzmán  
en Castilla;  
y por otra tal rencilla  
o reporte harto seco  
a manos del de Padilla  
murió don Diego Pacheco  
poco há.  
Y otros mil después acá  
y antes, que aquí no nombro,  
que les cumple acá, y allá  
andar la barba en el hombro  
con pasión.  
y estos trances al fin son  
los que depriesa o despacio  
los moços; por galardón  
pueden sacar del palacio;  
sin lo cual  
hay entrellos otro mal:  
que aun de los más estirados  
andan siempre en general  
no poco necesitados  
y corridos,  
empeñados, y aun vendidos,  
por valerse y sustentar

las galas y los vestidos  
con que los véis triunfar  
con arreos;  
ni os vençais de los deseos  
de la apariencia hermosa  
de sus justas y torneos,  
no mirando la tal cosa  
lo que cuesta  
y cómo les es molesta,  
porque suele, bien que agrada,  
ser acabada la fiesta,  
y la ropa no pagada,  
y vacía  
la bolsa lo más del día,  
y aun el arca de dineros,  
y a su puerta cada día  
los sastres y cordoneros;  
lo cual quiero  
probar con un caballero  
de quien no poco se gusta,  
que habiendo sido el primero  
mantenedor de una justa  
bien galana,  
otro día de mañana  
con diligencia forçosa  
le convino sin su gana  
poner pies en polvorosa  
los placeres  
y servicios de mujeres,  
el vestir y festejar,  
a manos de mercaderes  
al cabo van a parar;  
con los cuales  
los nobles galanes tales  
y mancebos cortesanos  
tienen tratos muy reales  
y mohatras a dos manos,  
más que digo.  
De lo cual fue buen testigo  
en aquella sazón buena  
Luis Alvarez mi amigo  
y su mujer la Morena,  
que solían,  
cuando en la corte vivían,  
saber destos repiquetes;  
los cuales me referían

de uno de los mancebetes  
de este cuento,  
que sobre su juramento  
le pidió ropa fiada,  
dándole conocimiento  
con que fuese asegurada  
de presente,  
prometiendo gentilmente,  
demás del justo interese,  
de pagarla incontinente  
que su padre se muriese,  
que aún vivía;  
pero, según él decía,  
y es de creer deseaba,  
tres años solos podía  
vivir; y así, se obligaba  
que valiese,  
que si por dicha viviese  
más deste tiempo notado  
desde allí adelante fuese  
el interese doblado.

LUCRECIO ¡Oh mal hijo,  
que por ningún regocijo,  
fiesta ni necesidad  
tal secreto y escondrijo  
descubre de poquedad  
descortés!

PRUDENCIO A la verdad así es.  
Mas la corte y sus excesos  
causa que salgan después  
los moços así traviosos  
y atrevidos.  
Pues de verlos ir polidos  
envidia tampoco os hagan  
que si fuera van lucidos,  
dentro de casa lo pagan,  
porque andando  
en sus locuras pensando,  
es ley de aquella su empresa  
gallofear granjeando  
la vida de mesa en mesa,  
y aguardar  
al duque para yantar  
y al conde para la cena,



y servir y acompañar  
por comer a costa ajena,  
y hacer  
por aquel negro comer  
çalemas e hipocresías,  
y aun usar, si es menester,  
de algunas lisonjerías  
diestramente,  
y recibir de la gente  
a ratos algún baldón,  
y aun beber agua caliente,  
los de menos condición;  
pues pasadas  
ya por dicha o no acertadas  
las horas del comer fuera,  
el hacerlo en sus posadas  
suele ser a la ligera,  
y es de ver  
qu'el remedio suelo ser  
acoger a dos pasteles,  
y suplir su menester  
a las veces sin manteles,  
porque en casa  
no hay ceniza, Y menos brasa,  
olla, sartén ni caldera,  
sino algún jarro sin asa,  
axuar de la frontera;  
de lo cual  
os puedo, sin decir mal,  
dar un exemplo casero  
de un galán muy principal  
y gentil aventurero,  
que tenía  
otro tal en compañía,  
y ambos eran a la iguala  
la flor de la loçanía,  
y en gentilezas y gala  
señalados,  
de las damas estimados,  
en las danças los primeros,  
y los más regocijados  
en hechos de caballeros;  
y traían  
de moços que les servían  
harta copia y apariencia,  
iban a corte y venían

vestidos por excelencia.  
yo miraba  
en ellos, porque posaba  
allí junto, y siempre vía  
un su paje que tornaba  
de la plaça a mediodía  
muy ligero  
aprieta, y en un sombrero  
le vi traer muchas veces  
cosas de poco dinero:  
queso, ciruelas y nueces,  
pan y peras,  
o semejantes maneras  
de frutas de tal linaje,  
que yo pensaba de veras  
ser golosinas del paje,  
o señal  
de merienda o cosa tal,  
que algunas veces usamos;  
pero no lo sustancial  
de la mesa de sus amos;  
ni creyera,  
según su rica manera,  
vestidos, galas y arreo,  
que su despensa cupiera  
toda junta en un chapeo,  
hasta que  
ocasión dada me fué  
de visitar su posada,  
y una vez que en ella entré  
por cierta causa privada  
bien honesta,  
con ser en medio la fiesta,  
y la tarde ya vecina,  
ni la mesa estaba puesta  
ni ahumaba la cocina.  
la vaxilla  
era un peine y escobilla,  
y los galanes sentados  
tras una pobre mesilla,  
los bancos medio quebrados,  
sospirando,  
y a las vueltas solfeando,  
y con un par de vihuelas  
de rato en rato tocando,  
comían de sus ciruelas

muy contentos.  
Véis aquí los cumplimientos  
del vivir de los galanes,  
muy altos los pensamientos,  
mas envueltos en afanes.

## ACTO V

LUCRECIO Bien, ¡señor Prudencio, habría  
sobre eso qué replicar;  
mas, por escusar porfía,  
quiero dejarlo pasar  
adelante;  
y según dixiste ante,  
la segunda profesión  
es de gente mendigante  
y de servil condición,  
que forçados  
de su suerte y de sus hados  
y hambre que los convida,  
quedan en corte arrestados,  
como gente ya rendida,  
sin tener,  
para poderse valer,  
lugar más cierto y estable  
do se puedan acoger  
que a la vida miserable  
cortesana,  
la cual, por fuerça o de gana,  
tomada ya por costumbre,  
se quedan allí a la llana  
en perpetua servidumbre;  
de los cuales,  
y sus miserias y males,  
os ruego queráis contar,  
porque tenga de los tales  
relación paxticular,  
cual s'espera;  
bien pues que hay donde quiera  
trabajos como en la corte,  
sufridos en ella o fuera,  
todo, al fin, va por un norte.

PRUDENCIO Es verdad,  
Lucrecio; pero mirad,

que miserias y fatigas  
sufridas con libertad  
no nos son tan enemigas  
ni tan duras,  
y que las pobres venturas  
y baxeza de fortuna  
menos relucen a escuras  
que al resplandor de la luna;  
y en la vida  
apartada y retraída  
de bullicio cortesano  
no hay tanta ocasión que pida  
al apetito liviano  
gollorías,  
con que en ver las fantasías  
y las ventajas ajenas  
andamos noches y días  
combatidos de mil penas  
y pasión  
de envidias y de ambición,  
porque lo que el ojo vee  
es fuerça que el coraçón  
lo codicie y lo desee,  
de tal arte,  
que muchos en otra parte  
serían hombres templados,  
en corte no hay quien los harte  
de deseos escusados  
sin holgança,  
y en falta de la speranza,  
que consuela al que padesce,  
de caridad y templança  
también la corte carece.  
De manera  
que el que en otra parte fuera  
de su fortuna contento,  
en palacio desespera  
con su descontentamiento,  
sin paciencia;  
y aún hay otra diferencia  
del uno al otro dolor,  
y es, que quanto a la conciencia,  
lo de corte es muy peor,  
porque acá  
la pobreza, al que la ha,  
a veces es meritoria,

y el pobre soberbio allá  
no tiene parte en la gloria;  
y los dos,  
como al fin lo veréis vos,  
son mártires de quien hablo;  
mas el uno lo es de Dios,  
y el de corte del diablo,  
porque allí  
no se conocen a sí,  
y se trocan de tal suerte,  
que lo que es virtud aquí  
en vicio se les convierte.  
¿No habéis visto  
entre los siervos de Cristo  
aquel Pedro tan honrado,  
de su Señor tan bienquisto  
y de sí tan confiado,  
que no había  
cuatro horas que se ofrecía  
a morir por amor del  
y que con toda osadía  
combatió por serle fiel;  
y en nonada,  
aun no bien seca la spada,  
ni mansa la furia y brío  
de la fiera cuchillada  
que dió en el huerto al judío,  
en entrando  
tras nuestro Dios, sospirando,  
en la corte de Caifás,  
luego se fué retirando  
de su esfuerço para atrás;  
y el valiente,  
cobarde súbitamente,  
negó luego a su Señor  
por complacer a la gente  
que allí estaba en derredor  
a su lado?  
Pues a Judas el malvado  
¿Quién le hizo rebelar,  
habiéndole Dios llegado  
a sí y al alto lugar  
donde estaba,  
sino que comunicaba  
con hombres d'esta ralea  
cuando Cristo se hallaba

en la corte de Judea?  
Mas dexado  
esto aparte, por probado,  
quiero, por obedescer  
a lo por vos preguntado,  
si supiere, responder  
brevemente:  
notad, pues, que de presente,  
y en los tiempos que ya fueron,  
siempre de mísera gente  
los palacios anduvieron  
proveídos;  
unos desfavorecidos,  
otros a quien no les bastan  
los salarios y partidos  
al tercio de lo que gastan  
y querrían,  
special cuando solían  
usarse en corte escuderos,  
que lo más del mes vivían  
escusados de dineros  
y ducados.  
Verlos heis muy estirados  
y ufanos al parescer,  
voceando de enfadados  
d'esperar para comer  
a la una,  
con su pobreza importuna  
quexosos según su cuenta,  
de la contraria fortuna,  
que les fué tan avarienta  
de favor;  
con cuidado del Señor,  
si cabalga o no cabalga,  
y fuera en el corredor  
esperándóle que salga  
noche y día.  
Mil trabajos os podría,  
tomándolo de reposo,  
contar, que saber solía  
deste pueblo deseoso  
de que oís,  
cuando usaban borceguís  
y era el sueldo un año entero  
cinco mil maravedís,  
y el tablón del despensero,

do el placer  
del banquete suele ser  
por ordinario manjar  
vaca cocida a comer,  
vaca fiambre a cenar,  
y aún helada,  
que sobró, mas no sobrada,  
y escudilla de cocina,  
a veces más apurada  
que caldo de melecina  
o cristel,  
y el despensero cruel  
que os dice: «muy desgraciado,  
habed paciencia con él  
hasta el día de pescado»;  
en el cual  
vuestro pescado cecial  
dan a los más favoritos,  
y si aquello os hace mal,  
un par de güevos podridos.  
Pues hedor  
de la chusma en derredor  
es pestilencia no poca,  
y algunos qu'el salvonor  
hace ventaja a su boca,  
asentados  
muy justos, muy apretados,  
con voces y confusión,  
y los manteles pegados,  
de muy sucios, al tablón.  
Dios os guarde,  
Lucrecio, temprano y tarde  
destas miserias y duelos,  
y de entrar en el alarde  
de despensas y tinelos  
de señores,  
y de la hambre y dolores  
de la más limpia y mejor,  
cuanto más de los primores  
de la del comendador  
Esquivel,  
cuya tasa y arancel  
muy por lo delgado yendo,  
diz que una vez vino a él  
su despensero diciendo,  
muy paciente:

«Toda, señor, esta gente  
de cas de vuesamerced  
se quexa terriblemente  
de la hambre y de la sed,  
y de mí,  
que no se lo merecí,  
y tratánme de mal modo  
clamando todos aquí  
que la causa dello todo  
yo la soy;  
y han dado mil voces hoy,  
diciendo qu'el año en peso  
a las cenas no les doy  
sino rábanos y queso;  
enojados,  
dicen que ya están cansados  
de tal forma de vivir,  
y que de muy enfadados,  
no lo pueden más sufrir.  
Gran razón,  
dijo Esquivel, y ocasión  
tienen esos de querella,  
y tu poca discreción  
es toda la causa della;  
y el enfado  
del que se te han querellado  
nasce de causa donosa,  
qu' es darles demasiado,  
y siempre una mesma cosa  
a porfía;  
pero dándoles un día  
los rábanos solamente,  
y otra el queso, apostarla  
que cada cual se contente;  
hazlo así,  
y el que torciere de allí  
y se mostrare agraviado,  
yo te doy licencia a ti  
que le hagas licenciado.»

LUCRECIO No me agrada  
despensa tan estirada  
y religión tan estrecha,  
ni cena tan apocada,  
ni poquedad tan derecha;  
eso tal,



más es cosa de hespital  
que casa de caballero,  
donde es menos liberal  
el aino qu'el despensero;  
mas, ya que ese  
tan escaso señor fuese,  
otros mil habrá do quiera  
que al miserable interese  
no miren d'esa manera.

PRUDENCIO Yo os confieso,  
ser así; mas fuera deso,  
hay miserias infinitas,  
Lucrecio, que en el proceso  
de palacio están escritas  
y alegadas,  
por necesarias forçadas,  
que de la gente mezquina  
suelen ser también guardadas,  
y special cuando camina  
con sufrir  
en el comer y vestir  
diversas sobras y menguas  
y gravezas, que decir  
no pueden cincuenta lenguas,  
con jornadas  
enojos y pesadas,  
y las posadas porcunas,  
sucias y desventuradas,  
y muchas veces ningunas,  
por mesones,  
por pajares y rincones,  
con vientos y tempestades,  
y trabajos a montones  
y mil incomodidades;  
y pasando,  
tras los señores andando,  
hambre, sed, calor y frío,  
y otras molestias gustando  
del invierno y del estío,  
y rigores  
enojos y sinsabores  
de lluvia y polvo y pasiones  
de chinches y sus hedores,  
pulgas, moscas y ratones,  
y otras tales

vexaciones, generales  
al grande como al menor,  
mas el pobre en todos males  
al fin pasa lo peor.

Que aunque todos  
pasan duelos de mil modos,  
muy gran diferencia hallo  
del que va a pie por los lodos  
al que va en un buen caballo  
cabalgando;

pero haber de ir arrancando  
los pobres acemileros  
en invierno, renegando,  
por cienos y atolladeros  
como van,

ver su trabajo y afán  
con una carga caída,  
a dolor os moverán,  
aunque es gente desmedida,  
regañada;

mayormente en la jornada  
del Rey por Extremadura,  
hasta ser su fin llegada  
en el lugar de Abertura  
do salió

ya tal, que cuando llegó  
con pena a Madrigalejos  
su santa vida acabó,  
que no valieron consejos  
de Avicena.

Pues la gran fatiga y pena  
que por allí se sufría  
en tierra estraña y ajena  
de corte, ¿quién la podría  
referir?

tierra se puede decir  
por todo extremo fragosa,  
sin camino por donde ir,  
pero de agua abundosa,  
y trampales,  
lagunas y tremedales,  
pocos y tristes lugares,  
arroyos y chapatales,  
dehesas y colmenares  
apartados,  
do viérades atollados

acemileros caídos,  
moços d'espuelas mojados,  
y los pajes ateridos  
en la silla,  
que, por Dios, era mancilla  
cuando allí se caminaba  
ver la pobre gentecilla  
el trabajo que pasaba.  
Y aun decían  
algunos que se dolían,  
que las muchas maldiciones  
de los que así padescían  
dieron priesa a las pasiones  
del rey bueno,  
tocándole tan en lleno,  
y alcándole de suerte,  
que como a estraño y ajeno  
le llegaron a la muerte.  
¿qué os diré  
de cosas que visto he  
en la corte de Castilla,  
y a muchos andar a pie  
sin su gana por seguilla  
harto en vano,  
que, sin ser más en su mano,  
trotan con cuidado eterno  
por el polvo en el verano,  
por el lodo en el invierno,  
con dolor?  
también vi, muy sin favor  
de noble gente pobreta,  
de casas de un gran señor  
ir quince en una carreta  
alquilada,  
que por fiesta señalada  
los íbamos a mirar  
al llegar de la posada  
y a la entrada del lugar,  
por reír.  
pues en casos de dormir  
farsas he visto donosas,  
muy dignas; para escrebir,  
y de sufrir trabajosas;  
mas de ver,  
y de contar por placer,  
si el tiempo fuere bastante;

y podéismelas creer,  
porque fui participante,  
y me vi  
la primer noche que fuí  
a palacio a ser domado  
tal que no me conocí,  
entre tantos acostado,  
mis iguales,  
el número de los cuales  
era, por nuestros pecados  
sobre cinco cabeçales  
once pajes estrellados.

## ACTO VI

LUCRECIO No hay, señor Prudencio, dada  
ser esa suerte de vida  
por una parte muy cruda  
y por otra desabrida,  
y un estado  
harto desaventurado  
de personas abatidas;  
que aunque no lo he probado,  
ya sé algo por oídas,  
y he placer,  
para mejor lo entender,  
que por exemplo se muestre,  
porque eso tal debe ser  
los colchones del maestro  
que he oído;  
que aunque no lo había entendido  
por el cabo hasta agora,  
que alcanço verse cumplido  
en quien en palacio mora  
baxamente.  
Mas ya que la pobre gente  
tan mal se siente tratar,  
y que l'es inconveniente  
el luengo perseverar,  
qué simpleza  
es, padesciendo pobreza  
y no teniendo sperança,  
tener en corte firmeza  
sin hacer nueva mudança,  
y buscar

en otra parte o lugar  
otro pan menos amargo  
y otras artes de medrar,  
pues es el mundo tan largo,  
y huir  
de palacio por vivir  
sin sus duelos y querellas,  
a parte do sin servir  
carezca dellos y dellas.

PRUDENCIO Vos habláis  
muy bien, Lucrecio, y estáis  
en un parescer conmigo,  
pues en eso os conformáis  
con lo mesmo que yo digo  
y querría,  
por ser lo que convernía  
a muchos; y ¡oxalá fuese  
tal mi dicha cual sería  
huir el que lo pudiese  
bien hacer!

Mas hagos, señor, saber  
que la mayor desventura  
de palacio suele ser  
una constante locura  
con que ando,  
la boca abierta, mirando,  
a los otros que más son,  
y con ellos publicando  
lo que niega el corazón.

Infinitos  
son los que suelen dar gritos  
fingidos y verdaderos  
contra los usos malditos  
de la corte, y vanse en cueros  
en pos della;  
que con toda su querella,  
jamás pueden olvidalla;  
bien pueden aborrecella,  
mas no del todo dexalla.

Muchos vi,  
comuniqué y conocí  
de la corte descontentos,  
que al fin quedaron allí  
con todos sus pensamientos  
y cuidados;

qu'estaban determinados  
de no morir cortesanos,  
y al cabo los vi enterrados  
en corte por otras manos  
que esperaban,  
lexos de donde pensaban;  
porque en fin las cortes tienen  
mil retrabos do se traban  
los pies de los que a ellas vienen  
de morada,  
mayormente esta cuitada  
gente pobre cuya suerte  
fué de ser allí arrestada  
y en prisión hasta la muerte.

LUCRECIO Bien está,  
señor Prudencio. Pues ya  
habemos desto tratado  
hablemos, si os placirá,  
del otro tercer estado,  
negociante,  
que según dexistes ante,  
aunque va por otro norte,  
es también participante  
de los duelos de la corte.  
Y aunque aquello  
no me toca en un cabello,  
pues no voy a negociar,  
quiero saber algo dello,  
siquiera para avisar.

PRUDENCIO Ya os podría,  
si vuestra suerte lo guía,  
ser, Lucrecio, menester  
andar en pleito algún día,  
trafagar y revolver;  
que no enfada,  
por ser cosa muy usada  
en palacio la codicia;  
y así, no se pierde nada  
que tengáis dello noticia.  
Y sabida  
la condición desabrida  
del mundo para adelante,  
y la maldición y vida  
del cuitado pleiteante

cortesano,  
qu'es muchas veces en vano,  
y en peligro de perder,  
andar, como mal cristiano,  
con deseo de vencer  
y dañar;  
y así, le veréis andar  
solícito y ocupado,  
y en todo tiempo y lugar  
pensativo y congo,  
sin reposo,  
recatado y sospechoso,  
importuno y desabrido,  
descontento y enfadoso,  
y gastado y aborrido,  
rodeado  
de congoxas y cuidado,  
esperanças y temor,  
de casa del abogado  
a cas del procurador.

LUCRECIO Donde quiera  
suelen ser de esa manera  
los pleitos, según se suena;  
qu'el que mejor fin espera  
no puede vivir sin pena  
congoxada;  
porque es guerra guerreada,  
y la sentencia es la lid,  
agora sea en Granada,  
agora en Valladolid.

PRUDENCIO Así son,  
los pleitos, tenéis razón  
Lucrecio, de cualquier arte,  
pero dan mayor pasión  
en corte que en otra parte,  
porque van  
más a la lengua y no están  
en un lugar de contino,  
y es muy terrible desmán,  
con pleitos por el camino  
tener cuentas,  
y aun con las Mil y quinientas  
para la corte apeladas,  
se pasan cien mil afrentas

antes de ser acabadas.  
Pues dolores,  
cuidados, priesas, temores,  
y otros males semejantes  
de los solicitadores  
y cualesquier negociantes  
cortezanos,  
no hay notarios ni escribanos  
que lo basten a decir,  
ni ellos pueden darse manos  
de barbullar y mentir  
por entrar  
a descubrir y calar  
el estado de las cosas  
y entender y averiguar  
las inciertas y dudosas;  
por saber  
avisar y proveer  
en los casos convinientes,  
y así, les es menester  
ser sabios y diligentes,  
avisados,  
astutos y recatados,  
desenvueltos y sesudos,  
graciosos, disimulados,  
entremetidos y agudos  
y discretos  
para entender los secretos  
de quien entra y de quien sale;  
lo cual todo a los pobretos  
a las veces no les vale  
a dexar  
de engañarse y engañar,  
a ser ordinariamente  
enfadosos de escuchar  
y malquistos de la gente.  
Gentil cosa  
es también, y muy hermosa  
ser en corte embaxador,  
que con pompa poderosa  
representa a su señor;  
y un legado  
reverendo, autorizado,  
que con debidos honores  
va a palacio acompañado  
de nobles y servidores



cabe sí.

LUCRECIO Así me parece a mí  
y veo ser cosa honrada  
cuando pasa por aquí  
de Roma con la embarada  
y se ofresce,  
y sin duda me parece  
una gran felicidad,  
y cargo que resplandesce  
con favor y autoridad  
muy sin pena,  
y que van, la bolsa llena,  
a gozar y ser honrados,  
y comen de bolsa ajena  
sin afán y sin cuidados.

PRUDENCIO Así es,  
Lucrecio, pero después  
hay cosas continuamente  
en que la haz del envés  
suele ser muy diferente;  
que llegados  
a donde son enviados  
a corte de cualquier rey,  
han de vivir obligados  
a condiciones de ley  
muy estrecha.  
Sin tirar a man derecha  
conforme a su comisión,  
el rey do está se despecha  
y no escucha su razón  
con placer,  
y aun ya suele acontecer  
al que en lo tal entropieça  
por cumplir con su deber  
dexar allí la cabeça  
por nonada,  
y alguna vez enclavada,  
según lo hizo con rabia  
y soberbia acelerada  
un baiboda de Moldavia,  
mal tirano,  
al orador veneciano  
porque no se lo humilló  
con el bonete en la mano

al tiempo que le habló.  
Y en autores  
muy ciertos historiadores  
hallaréis desta manera  
afrentas que a embaxadores  
se hacen por donde quiera  
cada día  
con desdén y demasía,  
de qu'están los libros llenos;  
y aun me dicen que en Turquía  
los empalan por lo menos,  
qu'es peor,  
pues el triste embaxador  
desto se clescuida y calla,  
o quiere andar a sabor  
del príncipe do se halla,  
con intento  
de darle contentamiento  
más de lo que le es mandado,  
es culpable atrevimiento  
contra aquel que lo ha enviado  
y elegido,  
el cual quedando ofendido,  
va en peligro el orador  
de ser por ello punido,  
o de mal negociador;  
pero ya  
qu'en la corte donde está  
no decline a los extremos,  
y navegue por do va  
con buenas velas y remos  
gobernando,  
sin faltar cómo ni cuándo.  
Su embaxada como quiere,  
y al cabo della sacando  
el fruto que meresciere,  
no penséis,  
Lucrecio, por lo que véis  
de su manera pomposa  
que, aunque vos no la entendéis,  
dexa de ser trabajosa  
y molesta;  
que, demás de lo que cuesta  
aquella forma de vida,  
es una prisión honesta,  
después de bien entendida;

porque, entrados  
donde son aposentados,  
les es menester estar  
como dueñas encerrados,  
sin salirse a pasear  
ni tener  
libertad de complacer  
a su misma voluntad,  
por no se descomponer,  
y guardar su autoridad;  
y guardada,  
no pueden gozar de nada,  
exceto do ir y volver  
de palacio a su posada  
para tornarse a esconder,  
y esperar,  
si se quiere recrear,  
ya que ellos no salen fuera,  
que le s váis a visitar  
como a gente prisionera.  
Y de allí,  
según dellos aprendí,  
su pasatiempo y deporte  
es darse trabajo a sí  
y guerra a toda la corte,  
entendiendo,  
trafagando y revolviendo,  
inquiriendo y preguntando,  
y con algunos mintiendo,  
con otros disimulando,  
por calar,  
sacar, saber, avisar  
de lo hecho y lo no hecho,  
y a vuelta dello encaxar  
la saya por su provecho.  
Uno había  
(Dios nos guarde) qu'escribía  
por ejercicio ordinario  
más cédulas cada día  
que hay en cas de un boticario,  
que enviaba  
a diversos, do pensaba  
hacer alguna levada;  
lo cual todo se cargaba  
a cuenta de la embaxada;  
y pedía

lo que bien le parecía  
con desvergüença muy suelta,  
y con sus tramas traía  
toda la corte revuelta.  
Bien que son  
ajenos a tal pasión  
otros muchos oradores,  
y de cualquiera nasción  
suele haber embaxadores  
generosos,  
excellentes, virtuosos  
y sabios en negociar;  
mas aun los muy officiosos  
no se pueden escusar  
de pasiones,  
molestias, contradiciones,  
trabajos, dificultades,  
de duras negociaciones  
y otras importunidades  
cortesanas,  
y penas cotidianas  
de escribir, y cosa tal,  
y otras también no livianas  
caseras que pueden mal  
evitarse,  
y que es forçado pasarse  
por posadas y caminos;  
así que, pueden llamarse  
cortesanos peregrinos,  
que, acabado  
el tiempo determinado  
de la corte do estuvieron  
se vuelven a lo pasado,  
y al fin son los que antes fueron.  
Y el honor,  
aparato y resplandor  
con que andan es figura  
de algún representador,  
con diversa vestidura  
disfraçada,  
que después de la jornada  
es como una monería  
que la máscara quitada.  
Vuelve a ser lo que solía.  
Uno vi  
destos una vez que fuí

a Venecia, y por mi fe,  
que apenas lo conocí  
cuando acaso le topé,  
que había sido  
donde fuí su conocido,  
muy solemne embajador,  
y yo muy su favorito,  
gran amigo y servidor;  
mas venía  
(¡ved quién lo conocería!)  
a solas como virote,  
sin más pompa y compañía,  
que su loba y capirote;  
de manera  
que si no se me riyera,  
y primero me hablara,  
cierto no lo conociera,  
y de largo me pasara.

## ACTO VII

LUCRECIO Señor Prudencio, dexados  
esos aparte, si os place,  
hablemos de los privados  
y ricos, que es lo que hace  
y se asienta  
más al caso desta cuenta  
y materia que tratamos,  
y lo que agrada y contenta  
a los que en ella miramos;  
y aunque haya  
ocasiones con que caya  
alguna vez la privança,  
o que por ventura vaya  
en peligro de mudança  
y revés,  
en buen vulgar cordobés  
se dice rico o pinjado,  
porque al fin gran caso es  
mandar y no ser mandado  
y hablar,  
contender y negociar  
con reyes familiarmente,  
con favor particular,  
de los otros diferente;

ser honrado,  
estimado y acatado,  
de todos obedecido,  
requerido y granjeado,  
aposentado y servido  
y alabado;  
seguido y acompañado  
de mil buenos a tropel,  
de nadie necesitado,  
estándolo todos dél;  
con mil dones  
y presentes a montones  
que les dan sin los pedir,  
según de vuestras razones  
se puede bien colegir.

PRUDENCIO No pongáis  
en esto que así tocáis,  
Lucrecio, duda ninguna;  
que mucho más que pensáis  
suelo hacer la fortuna  
y ventura  
unas veces por natura,  
otras por merescimiento;  
pero las más por locura,  
ocasión o acertamiento  
temporal;  
y cuando el favor real  
a ser de veras acierta,  
y se muestra liberal  
con privança descubierta,  
verdadera,  
o también cuando cualquiera  
en los palacios reales  
llega, de cualquier manera,  
a cargos muy principales  
y a mandar,  
y comienza a tesorar  
y a reponer en el arca,  
no se puede numerar  
lo que junta, lo que abarca,  
lo que allega,  
lo que se le da y entrega,  
Lo que apaña y lo que traga,  
y cuanto más se le pega,  
tanto menos le empalaga,

ni le enfada;  
porque sin costarle nada,  
sobre lo mucho que tiene,  
cuanto lo place y agrada  
ello mesmo se lo viene  
de boleo;  
no les pide su deseo  
cosa, cuando en un instante  
ya llega apriesa el correo  
a ponérselo delante;  
todos van  
a pecharles y les dan  
hasta henchir los almarios,  
y aun los que lexos están  
les son también tributarios  
y pecheros;  
príncipes y caballeros,  
los unos les dan vaxillas,  
otros joyas y dineros,  
y algunas veces las villas  
y vasallos,  
aforros, armas, caballos,  
y otras cosas peregrinas  
sin cuenta, que por ganallos  
se les buscan muy continas  
sin cesar;  
y así no podéis pensar  
lo que amontona un privado,  
en quien todo va a parar,  
como piedras a tablado.  
Sin lo cual  
el príncipe en especial  
por tenelle y contentalle,  
aunque no tenga un real,  
nunca se cansa de dalle  
y henchille  
y dexalle y consentille  
que lo tome de otro modo  
porque no puedan decille  
qu'el solo se lo da todo;  
y ¡ay dolor!  
Que se quita, qu'es peor,  
a los pobres y menores  
para darlo al qu'es señor;  
a los ricos y señores,  
a quien sobra,

para los cuales se cobra  
los miserables lo enduran,  
y con ser tal la tal obra  
hay reyes que no se curan  
mucho della  
remedialla o defendella,  
no sé por qué siendo mal,  
sino por cumplir aquella  
sentencia evangelical  
donde está  
«a quien tiene se dará  
y al que no, que pobre fuere,  
también se le quitará  
aún lo poco que tuviere».  
Con sudores  
de pobres y labradores  
muchos adquieren riquezas,  
y para sus subcesores  
mayorazgos y grandezas;  
así que,  
cuanto alegáis yo lo sé  
«Y lo confieso, Lucrecio;  
pero vos por vuestra fe,  
no hagáis dello gran precio;  
y pensad  
no ser gran felicidad,  
bien entendidas las leyes,  
mucha familiaridad  
con los príncipes y reyes;  
ni el favor  
que muestran al servidor,  
porque no es de corazón  
ni lo hacen por amor,  
sino por ostentación  
halaguera,  
afeitada por defuera  
por cualquier nesciedad  
engañosa o verdadera,  
que mueve la voluntad  
y opinión.  
Pero, ya que la acepción  
proceda de bien querer  
y se funde en afición,  
según suele acaecer,  
la privança,  
la gracia, la confiança



y real benevolencia,  
las menos veces se alcança  
por méritos ni por ciencia  
ni bondad,  
ni aun por grande habilidad,  
sino por cierta ocasión,  
por antojo o liviandad,  
beldad y disposición;  
que alcançada,  
cuanto más está encumbrada,  
encarescida y honrosa,  
hasta el fin de jornada  
siempre vive peligrosa  
de caída  
por holgar y estar tenida  
a voluntad que no dura  
del hombre; que en esta vida  
no hay prenda menos segura  
ni durable,  
más incierta y variable;  
y así lo escriben autores,  
no haber cosa más mudable  
qu'el favor de los señores,  
lisonjero,  
y en un refrán extranjero  
se compara en movimiento  
al temporal de hebrero  
y a las hojas con el viento;  
de manera  
que al que en señores spera  
le cumple, siendo privado,  
velar bien hasta que muera  
por sustentar lo ganado.

LUCRECIO Todavía,  
si yo pudiese, querría,  
con todas esas tormentas  
verme, señor, algún día  
metido en esas afrentas  
y cuidados;  
porque, ya que los privados  
abaxen de lo que fueron,  
siempre valen sus salvados  
más de lo que antes tuvieron;  
y a mi ver,  
siendo ya fuerça caer,

muy mejor puede gozar  
el que tiene que perder  
que el que comienza a ganar  
nuevamente;  
y de mil partes de gente  
no hay una que no escogiese,  
por menor inconveniente,  
el tener, si se pusiese  
en elección.

PRUDENCIO No mováis esa questión,  
Lucrecio, que es odiosa,  
y toda comparación  
suele ser escandalosa.  
Claro está  
qu'el que no tiene ni ha  
otra hacienda ni abrigo,  
por tener se meterá  
por puertas del enemigo.  
Mas tornando  
a lo que os iba contando  
de las persona o privadas,  
y a lo que vais apuntando  
de sus riquezas sobradas,  
que aunque cayan  
no por eso se desmayan.  
No padesciendo pobreza,  
creed, Lucrecio, que aunque hayan  
subido de gran baxeza  
hasta el cielo,  
cuanto más alto fué el vuelo,  
si de aquel mando y favor  
les falta después un pelo,  
tanto más es su dolor  
y pesar,  
sin poderse aconhortar  
con todo cuanto les queda,  
aunque no sepan contar  
las riquezas y moneda  
que allegaron;  
porque como se cegaron  
con el poder que tuvieron,  
no miran lo que ganaron,  
sino aquello que perdieron,  
que se acuerda;  
mas, ya que nada se pierda

y les dure en la vejez  
es forçado que le muerda  
la conciencia alguna vez  
si pecó;  
porque vos no dudéis, no,  
y sabed de cierta aciencia  
que nadie se enriqueció  
mucho con buena conciencia;  
de do viene  
aquel usado y solene  
dicho, y no muy moderno,  
qu'es beato aquel que tiene  
a su padre en el infierno,  
donde están  
algunos que con su afán  
gozan al fin sus parientes.  
pues los que decís que van  
y son tanto de las gentes  
estimados,  
servidos y aún adorados,  
también son los doloridos,  
de muchos importunados  
y en secreto aborrescidos,  
y han de estar,  
si se quieren conservar,  
ojo alerta de contino  
por no perder su lugar  
ni apartarse del camino  
del favor,  
que con el rey o señor  
suelen durar solamente  
mientras el caro servidor  
l'está delante presente  
y le adora,  
lisonjea y enamora,  
haciendo, del ladrón fiel;  
mas olvídase a la hora  
que quita los ojos dél;  
y apartado,  
aunque haya sido privado  
de los íntimos mayores,  
presto se halló trocado  
por otros nuevos amores.  
En presencia  
regía con su prudencia  
la corte aquende y allende

y en poco tiempo de ausencia,  
cuando vuelve no la entiende,  
ní aún la halla  
cual solía gobernalla,  
sino con gran diferencia;  
de suerte que entra en batalla,  
o al menos en competencia,  
por tornar,  
si ser puedo, a reparar,  
lo que la ausencia ha dañado,  
y a residir y durar  
más por fuerça que de grado  
como preso;  
y, por dios, que si con seso  
se mira lo que ésto toca,  
puestos ambos en un peso,  
veréis que no tienen poca  
semejança,  
porque la mesma privança  
es cárcel de muchas penas,  
y las riquezas que alcança  
son los grillos y cadenas  
que le tiran;  
y bien que los que lo miran  
de fuera no pueden vellas,  
hay privados que sospiran  
dentro por verse sin ellas;  
y a mi ver,  
aunque van al parescer  
altos, loçanos y bravos,  
ellos se pueden tener  
gentilmente por esclavos,  
y lo son;  
y el turco tiene razón  
en que al más special hombre,  
bajá, de más condición,  
llama esclavo por renombre  
positivo.  
Pues si yo, cuitado, vivo  
sin libertad como el buey,  
¿qué me da más ser cativo  
del turco que de otro rey,  
pues lo adoro?  
Y si soy cativo moro  
en cadenas como perro,  
¿qué importa más ser de oro

la cadena que de hierro?  
Que si queda  
preso el pece do se enreda,  
¿qué más honra se lo cata  
por ser sus redes de seda  
o el anzuelo ser de plata?  
Pues juntar  
bienes para los gozar,  
cosa de cebones es,  
que los dejan engordar  
para comerlos después;  
de los cuales  
en los palacios reales  
de grandes emperadores  
no pocos exemplos tales  
nos cuentan los escritores  
verdaderos,  
de muy altos consejeros  
y riquísimos privados,  
que por solo sus dineros  
han sido descabezados  
y proscritos,  
sin haber otros delitos;  
de que aquí, Lucrecio, daros  
puedo exemplos infinitos,  
muy auténticos y claros  
con verdad;  
mas, por ser prolixidad.  
Dexo muchos que pasaron,  
bástenos la autoridad  
de dos solos que escotaron  
el favor  
cerca del emperador  
Nero, tirano cosario  
Séneca, juez mayor,  
y Pallante, secretario,  
que sabida  
su muerte no merecida,  
ninguno habrá que no entienda  
haber perdido la vida  
por tener mucha hacienda.  
Véis aquí  
lo que se me ofresce a mí  
que de privados os cuenta,  
de los cuales muchos ví  
ensalçados altamente,

y he sabido,  
maguer que es favorecido,  
ser estado cengoxoso,  
entricado, entremetido,  
y a las veces peligroso,  
comparado  
al qu'estaba convidado  
asentado en rica silla,  
proveído y abastado  
de manjares y vaxilla,  
mas tenía  
una espada que pendía  
sobre él, de un hilo colgada  
cuya punta le venía  
en la cabeça asentada.

## ACTO VIII

LUCRECIO Ya, señor Prudencio, quedo  
en esa parte avisado  
lo, que basta, pues no puedo  
yo llegar a tal estado  
de valer;  
bien que a buscar de comer  
me levanta mi motivo,  
pero no para tener  
pensamiento tan altivo  
de llegar  
en ningún tiempo a medrar  
con reyes tan adelante,  
que tenga que me guardar  
de peligro semejante  
de caída.  
Y ¡oxalá que la subida  
estuviese ya en mi mano,  
que para esotra herida  
nunca falta cirujano!  
Y pues ya  
de las otras cuatro está  
platicado como quiera,  
oyamos, si os placera,  
la quinta forma y manera  
de sirvientes  
en palacios residentes,  
a quien mayor culpa distes

y de los inconvenientes  
que al principio preposistes  
de venir.

PRUDENCIO Lo mesmo torno a decir,  
señor Lucrecio, aun agora,  
que de muchos que a servir  
van a corte cada hora  
a montones,  
por diversas ocasiones  
y por causas especiales  
de diversas profesiones,  
de que las aulas reales  
andan llenas  
hay unos que pasan penas  
y molestias en gran copia,  
y andan por casas ajenas  
pudiendo estar en la propia  
sin pasión;  
mas, como los hombres son  
no todos de una natura  
voluntad y condición,  
ni menos de una ventura  
si porfían,  
ni quieren, cuando podrían,  
ser de las cortes exentos,  
ni pueden, cuando querrían  
por muchos impedimentos  
que se ofrescen;  
de suerte que permanescen  
entre quieren y no quieren  
hasta que allí se envexecen,  
y aun no pocas veces mueren  
mal su grado;  
y de los de tal estado  
que por vicio y por virtud  
halla en palacio burlado,  
hallaréis gran multitud,  
y mil gentes  
inclinadas y obedientes  
al servicio y sujeción,  
bien que sean diferentes  
en estado y condición,  
calidades,  
costumbres y voluntades,  
trajes y formas de vida,

deseos y habilidades  
a quien la corte convida  
a pesares;  
los más dellos son seglares,  
pero clérigos también,  
y religiosos a pares  
de aquella Hierusalem  
cortesana;  
los unos de propria gana,  
otros por ser convidados,  
y algunos que van por lana  
y al fin salen trasquilados.  
Hay doctores,  
letrados, predicadores  
y personas de conciencia,  
maestros y profesores  
de toda suerte de sciencia,  
caballeros,  
hay hidalgos y escuderos,  
hombres de paz y de guerra,  
y al fin, de todos numeros  
y linajes de la tierra,  
muy constantes  
discípulos y estudiantes  
de aquella devota escuela,  
que andan allí vigilantes  
en torno de la candela  
del valer  
por medrar y merescer,  
para lo cual los más buenos  
han, Lucrecio, menester  
Dios y ayuda por lo menos,  
y otras ciencias,  
que son odio, competencias  
y envidia con los iguales,  
lisonjas y reverencias  
para con los principales  
y privados,  
con quien los más estirados,  
pretendiendo algún favor,  
cumple ser muy bien criados,  
y con el rey o señor  
mucho más.  
Puestos los pies por compás,  
los ojos vivos, alertos,  
sin osar mirar atrás,



y en pie siempre y descubiertos  
con cuidado,  
hablando muy atentado,  
humilde, blando, sabroso,  
todo dulce y requebrado,  
y sobre falso, amoroso;  
estimando  
en mucho de cuando en cuando  
haber con el Rey audiencia,  
y estarle como adorando  
por la tal benevolencia  
y afición,  
y con muy grande atención  
a escucharle, y cuando acaba  
aprobarle su razón  
y alabar lo qu'él alaba  
aunque sea  
por ventura cosa fea,  
dándole luego color,  
y caso que no lo crea  
tenerlo por lo mejor  
necesario;  
y si el Rey, por el contrario,  
de alguno dixere mal,  
mostrarse luego adversario  
y enemigo capital  
contra quien  
el señor muestra desdén,  
y ayudarle a que perezca  
aunque sepa no ser bien  
y ningún mal le merezca;  
y acaece  
que uno a otro en fin empece  
y lo mete la lanceta  
por la ocasión que se ofrece  
de echarle una lisonjeta,  
y querer  
mal hablando, complacer;  
así que tiene lugar  
el triste do mal hacer,  
pero no de aprovechar,  
y dañando,  
hace que, burla burlando,  
de la mala relación,  
al Rey, que le está, escuchando,  
le queda mala impresión

permanente;  
y aunque quiera el delincuente  
remediarla, ya no puede,  
porque no continuamente  
el Príncipe le concede  
sus oídos.

Guárdeos Dios de los ladridos  
de los ocultos testigos,  
do muchos son ofendidos  
y aun de sus mismos amigos.

Fuera desto,  
el andar siempre de presto  
y apriesa por los señores  
no es poco duro y molesto  
a los pobres servidores;  
ser forçado,  
aunque más estéis cansado,  
de ir y venir por oficio  
a palacio apresurado,  
por no faltar al servicio,  
muy ligero,  
y de andar al retortero  
de la sala a la capilla,  
tras las voces del portero  
y al son de la campanilla;  
de manera  
que ni dentro ni defuera  
de corte ni en la posada  
se puede tener, ni espera  
hora jamás descansada  
con sosiego,  
sin despecho y sin reniego,  
de camino deseoso,  
de cosa que venga luego  
a estorbarle su reposo.

LUCRECIO Bien lo creo,  
señor Prudencio, y deseo  
huir deso que decís;  
mas parésceme que veo  
esos de quien referís  
tantas penas,  
cargados de ropas buenas,  
joyas, aforros presciados,  
y de gentiles cadenas  
y collares adornados,

que es señal  
de hacienda y de caudal  
y bienes en abundancia;  
y así, no puede haber mal  
donde bulle la ganancia  
con honor.

Y también miro, señor,  
que a la noble gente tal  
a quien abriga el calor  
de la vivienda real,  
los estiman,  
les ensalzan y subliman  
por ganallos y tenellos,  
y se les pegan y arriman,  
y se favorescen dellos,  
por ganar  
por su medio y mejorar  
con el Príncipe presente,  
de do le suele quedar  
en deuda perpetuamente;  
y he notado  
que me parece un estado  
de calidad gloriosa  
ser el hombre así rogado  
para tan honrada cosa.

PRUDENCIO Tal es ella,  
Lucrecio, si el conocella  
las gentes causa no fuese  
de menosprecio y querella  
cuando falta el interese  
o esperança;  
que a la hora que se alcança  
o viene en conocimiento  
ser el favor o privança  
desos, a las veces, viento,  
y en oliendo,  
o con el tiempo sabiendo  
que bien no podéis hacelles,  
luego os va desconociendo  
más de cuanto podéis selles  
provechoso;  
porqu'es ley y uso vicioso  
de las cortes, do procede  
querer mal al poderoso  
y mofar al que no puede.

Bien sentís,  
Lurecio, desto que oís,  
que los más andan vendidos  
pues esotro que decís  
de las ropas y vestidos  
y cadenas,  
que a las veces son ajenas,  
es una vana locura  
de que van las cortes llenas,  
y lo nota la Escripura,  
si he mirado,  
diciendo el testo sagrado  
donde habla de san juan:  
«Los que visten delicado  
en cas de reyes están.»  
Y no son  
de más grado y condición  
por ello, a mi parecer,  
porque aquella ostentación  
una burla suele ser  
muy hermosa;  
que, aunque a la vista es graciosa,  
muchos dellos hallaréis  
que no tienen otra cosa  
más de aquello que les véis  
sobre sí:  
muchos de los cuales vi  
andar arrastrando seda  
y brocado y carmesí,  
sin saber qué era moneda  
ni doblón;  
cargados de presunción,  
ir con su rico collar  
a comer a un bodegón  
y a dormir en un pajar.  
Ni creáis  
que los oros que miráis  
en algunos cortesanos  
sean, como vos pensáis,  
ganados allí a sus manos,  
ni que crecen  
todos los que se engrandecen  
por su vida, orden ni ley,  
ni que todos se enriquecen  
los qu'andan cerca del Rey;  
que muy dura

es la ganancia, y escura,  
de los que en cortes afanan,  
y muchos por su ventura  
pierden allí más que ganan;  
que por ir,  
como suelen, a cumplir  
con sus honras a la rasa,  
yendo ricos a servir,  
vuelven pobres a su casa  
y gastados,  
porque, sin otros cuidados  
que reyes suelen tener,  
siempre están necesitados  
de otros y han menester  
valedores,  
y los pobres servidores  
sacan dellos poco çumo;  
de suerte que los sudores  
se les convierten en humo;  
si no fueren  
los que tienen más que quieren  
por venturas especiales,  
o los que a cargo tuvieron  
oficios interesales,  
como ya  
os he dicho, y así va,  
que a los otros desdichados  
sólo el sueldo se les da,  
y aun de aquel no son pagados  
sin ruido;  
que acaece estar comido  
y el cortesano empeñado,  
y no haber dél recibido  
en dos años un ducado,  
trabajando  
en este medio y sudando  
por caminos y carreras,  
hacienda y cuerpo gastando  
de mil suertes y maneras;  
y sabido  
lo que d'ello ha merecido,  
y lo que se espera d'ello,  
es el hombre andar molido,  
y el Príncipe no sabello.  
Y es gran mal,  
siendo el servicio leal,

y qu'el señor le reciba,  
el galardón no ser tal,  
y navegar agua arriba  
sin favor;  
pero aun suele ser peor,  
que habiendo algunos servido  
gentilmente a su señor,  
y hecho lo qu' era debido,  
en nonada,  
por algo que no le agrada  
o por cualquier sospechuela  
es la gracia rematada,  
y apagada la candela.  
Pues que os diga,  
y hasta el cabo prosiga  
otros duelos no livianos  
de congoxa y de fatiga  
que pasan los cortesanos;  
novedades,  
mudanças, dificultades,  
de asiento o de camino,  
trabajos, necesidades,  
y otros que de contino  
se padecen,  
y especial los que se ofrecen  
al partir de algún lugar,  
y se juntan y recrecen,  
sería nunca acabar;  
porqu'es vida  
sin reparo y dolorida.  
Si no, ved si es harta plaga  
en víspera de partida  
no haber memoria de paga,  
y cuidados  
infinitos y pesados  
de cosas que hay que hacer  
para estar aparejados,  
según los qu'es menester,  
pues partidos,  
aun los mismos favoritos  
no carecen de dolores  
y contiendas y ruidos  
con los aposentadores,  
trabajando,  
padeciendo y tolerando  
la misma vida inquieta,

y por fuerça madrugando  
a la voz de la trompeta  
que los llama,  
y a las horas que más ama  
reposo la voluntad,  
y que d'estar en la cama  
tienen gran necesidad.

Caminando

el noble Rey Don Fernando  
con esa reina Germana  
de Toledo, no sé cuándo,  
para Córdoba la llana,  
de pasada  
vi la corte aposentada  
toda y sus caballerizas  
en una aldea cuitada  
de siete casas pajizas,  
y llovía,  
qu'el cielo se deshacía,  
sobre la Reina y las damas,  
y por otra parte ardía  
todo el campo en vivas llamas.

Unos daban

voces porque se quemaban  
como si fueran herejes,  
y por otra parte andaban  
nadando los almofrexes;  
y venían  
no pocos que no tenían  
mejor posada qu'el buey,  
y por fuerça se metían  
en la cámara del Rey  
en manada,  
la ropa toda mojada  
dentro y fuera del lugar,  
que aun al fin de la jornada  
tuvimos bien qu' enxugar  
y escurrir.

De aquí, Lucrecio, inferir  
podéis, poco más o menos,  
lo qu' es menester sufrir  
en palacio muchos buenos;  
por lo cual  
dixe y digo qu' esto tal,  
los que pueden escusallo,  
es de tenérselo a mal

el sufrillo y lacerallo.

LUCRECIO Semejantes ocasiones  
de palacio y su vivienda,  
y trabajos y pasiones  
que manan de su contienda  
y porfía,  
bien creo que cada día  
son ordinarios allí;  
mas esto no bastaría  
a ponerme espanto a mí,  
ni dexar,  
por ello de executar  
el propósito tomado,  
si en lo que toca al medrar  
no fuese tan estirado,  
ni los dones,  
mercedes y galardones  
con tanto pleito y coxijo  
como de vuestras razones,  
señor Prudencio, colijo;  
que sufrir  
trabajos por bien servir  
y servir por merecer,  
y merecer por servir,  
dulce cosa es, a mi ver,  
de prestado,  
porque, el trabajo pasado.  
Quedará después lugar  
para gozar lo ganado  
y tornarse a retirar.

PRUDENCIO ¿Qué sabéis,  
Lucrecio, si lo podréis  
hacer como lo pensáis,  
y si de corte saldréis  
si una vez en ella entráis  
a probar  
lo que sabe su manjar?  
Porque, según su natura,  
no os podréis aconhortar  
ni tolerar por ventura  
buenamente  
con paciencia suficiente  
las molestias enojosas  
que allí hay, y mayormente



viendo ser infructuosas.  
Y si os prende,  
muda y enlabia, y enciende  
y trastroca el pensamiento,  
no podéis libraros dende  
ni dexar su seguimiento,  
según hace  
con muchos a quien aplace,  
como circe, a gente mucha,  
que la fuerça a que se enlace  
después que una vez le escucha.

LUCRECIO Ya yo sé,  
por lo qu'entendido he  
hoy de vuestra relación,  
que carecer no podré  
de fatigas y pasión  
si una vez  
se me pegare la pez  
de palacio o su pesebre;  
mas quien quiere comer nuez  
es menester que la quiebre,  
aunque dura;  
pero desa otra locura  
de preñar mi voluntad,  
la cosa está muy segura.  
Porque es mi libertad  
muy preciada.

PRUDENCIO Eso de la nuez me agrada  
que lo hagáis por despedida;  
la cual, después de quebrada,  
suele hallarse podrida,  
hecha heces;  
y las verdaderas nueces  
son las costumbres humanas,  
qu'en palacio muchas veces  
peligran y salen vanas  
y viciosas,  
y aun las de sí virtuosas,  
con algunas ocasiones  
estraga el uso de cosas  
y malas conversaciones;  
de do vino  
aquel proverbio latino,  
que corrupunt bonos mores

colloquia prava, y contino  
se mudan con los honores.  
su consorte  
es otro antiguo deporte,  
que dice y habla con vos,  
que se aparte de la corte  
quien quiere estar bien con Dios,  
porque allí  
cumple, según aprendí,  
el que quiere sacar fruto  
tener alas de neblí  
y ser doblado y astuto,  
lisonjero,  
disimulado y artero,  
mostrando doblada cara,  
porque no vale un dinero  
la verdad desnuda y clara,  
fiel y pura,  
sino usar de la natura  
de Proteo, que podía  
transfigurar su figura  
en todas cuantas quería;  
y fingir  
sin gana a veces reír,  
sin gana a veces llorar,  
por agradar y servir,  
complacer y granjear  
los privados,  
y después de granjeados,  
cuando ya pensáis tenellos  
con servicios obligados,  
tenéis poca parte en ellos.  
Nadie osa  
sin su ayuda peligrosa  
pedir un maravedí;  
daisle aviso de una cosa,  
y tómalala para sí,  
sin cuidado  
de vos, que les habéis dado  
el aviso, y sin conciencia,  
sobre haberos desollado,  
quieren gracia y obediencia  
con franqueza;  
de suerte que su grandeza  
de provechos es desnuda  
para otros. Es simpleza

en sus palabras y ayuda  
confiaros,  
porqu'en lugar de ayudaros,  
si no interviene lo hecho,  
suelo más veces dañaros  
que no haceros provecho.

LUCRECIO Ya que sea  
la gente d'esa ralea,  
sin amor, sin caridad,  
y qu'en ellos no se ves  
señal cierta de amistad,  
es de creer  
que debe siempre haber  
otros de otra condición,  
en quien se pueda tener  
confianza y devoción  
y alegría;  
y así, entiendo cada día  
haber muchos cortesanos  
en muy dulce compañía,  
andar juntos como hermanos  
y parientes,  
y parando en ello mientes  
y pasándolo d'espacio,  
creo haber muy eccelentes  
amistades en palacio  
por abrigo;  
y así, hablando conmigo,  
pienso hallar y tener  
en la corte algún amigo  
de quien me favorecer.

PRUDENCIO Vos podéis,  
será cierto, que hallaréis  
no sólo, Lucrecio, alguno,  
mas ciento si los queréis,  
pero cual cumple, ninguno;  
a manadas,  
de fuera y en sus posadas,  
hallaréis mil de contino,  
amigos de bonetadas  
sálveos Dios, taça de vino,  
con malicia,  
porque do reina codicia  
es fingida la afición;

la regla de la amicitia,  
que compuso Cicerón,  
falta y yerra;  
que amigo de buena guerra.  
Leal, seguro y secreto,  
es ave rara en la tierra,  
semejante a cisne prieto.  
mas notad  
no haber, Lucrecio, amistad  
en ninguna profesión  
de menos sinceridad  
que los de la corte son;  
que notados  
uno a uno los estados,  
haciendo dellos testigos,  
aun entre bravos soldados  
suele haber fieles amigos;  
mas acá  
en corte, apenas habrá  
una amistad verdadera,  
porque comúnmente va  
interesal, lisonjera  
y fundada  
en otras cosas de nada,  
liviandades y placeres;  
y en ésto es diferenciada  
de la de los mercaderes  
solamente,  
que son rica, honrada gente,  
si también no pospusiese  
al amigo y al pariente  
y a cualquier otro interese,  
por ganar.  
Así que, podéis pensar,  
por estas razones llanas,  
haber poco que esperar  
de amistades cortesanas  
ni afición  
de sola conversación;  
que aunque acierta en calidades,  
nunca hay confederación  
de conjuntas voluntades  
con verdad,  
porque allí la enemistad  
es natural y vecina,  
y la amiga caridad

extranjera y peregrina;  
y lo bueno  
es, que andado todo lleno  
de finezas y malicias,  
se os meterán en el seno  
muchos haciendo caricias  
amorosas  
con palabras engañosas  
y fingiendo ofrecimiento  
por daros a entender cosas  
que no tiene en pensamiento,  
y las calla  
hasta que camino halla,  
si en hablar no sois discreto,  
de descoseros la malla  
y sacar algún secreto;  
y sacado,  
vos pensad que le habéis dado  
cuchillo con que os degüelle,  
y después de degollado,  
aun os abra y os desuelle;  
mayormente  
si del havello se siente  
algún provecho cercano,  
no será más negligente  
en ganaros por la mano,  
y escondella  
después de haberos con ella  
tirado la piedra y hecho  
todo el daño, estorbo y mella  
que puede en vuestro derecho  
y partido.  
Cosas han acaecido  
a mí mismo en esta parte,  
en que no poco ofendido  
me sentí de cruel arte  
por aquellos  
de quien, fiándome dellos,  
pensaba ser ayudado,  
y me hallé por creellos  
prevenido y salteado.  
es locura  
y prenda poco segura  
la amistad en confusión  
de corte, porque no dura  
más de cuanto la ocasión;

que si fueron  
amistades que nacieron  
por interese, aunque aplacen,  
como, por él se hicieron,  
por él mismo se deshacen  
y se quitan;  
que los que las solicitan,  
aquellos las desbaratan,  
y los que más se visitan  
son los que peor se tratan,  
y el primor  
de hablarse con amor  
son armas con que se hieren,  
que a veces los que mejor  
se hablan, peor se quieren.

LUCRECIO Bien está,  
señor Prudencio, que ya  
entiendo bien esa cosa;  
y pues con amigos va  
en corte tan achacosa,  
no querellos  
ni perder tiempo tras ellos  
será la cuenta derecha,  
y así, no pienso con ellos  
tener amistad estrecha,  
sino ir  
determinado a servir  
al señor que Dios me diere,  
hasta medrar o morir  
lo mejor que yo pudiere,  
y tener  
confianza de valer  
por solo mi buen servicio,  
sin de nadie pretender  
socorro ni beneficio,  
que haya allí.

PRUDENCIO Hacedlo, Lucrecio, así;  
que al fin la pena es más leve  
cuando el hombre está de sí  
satisfecho, como debe;  
y aunqu'en vano,  
yendo por camino llano,  
el galardón le suceda,  
él se paga de su mano

con la virtud qu'en él queda;  
mas querría  
avisaros todavía,  
como a quien soy obligado,  
que vais tras vuestra porfía  
algo menos confiado;  
que más quiero,  
sea rey o caballero  
o cualquier otro señor,  
de quien pretendo y espero  
premio, merced o favor,  
sola una  
libra y onça de fortuna  
para ser hombre de cuenta,  
que de otra virtud alguna  
ni de méritos cincuenta;  
porque, dado  
que el servir vaya ordenado  
de diligencia y cordura,  
todo al fin es escusado  
cuando no tercia ventura.  
demás desto,  
yo, sobrino, os amonesto,  
antes de ir esta jornada,  
que miréis en aquel testo  
de la Escritura Sagrada,  
que guardar  
nos manda y desconfiar  
de los príncipes humanos,  
pues salud, y gloria dar  
no está en ellos ni en sus manos;  
y el sentido  
d'este testo referido  
es, que los reyes no dan  
a todos por lo servido  
igual precio del afán  
y bondad,  
ni miran la voluntad  
con qu'el servicio fué hecho,  
ni obra necesidad,  
sino sólo su provecho.  
¿qué pensáis,  
Lucrecio, si, como vais  
a medrar y ser honrado,  
adolecéis y os halláis  
sin escudo ni ducado,

o si yendo  
en el servir procediendo,  
sucede guerra o motivo,  
de vuestro deber haciendo,  
fuerdes por dicha cautivo,  
quién será  
el que allí socorrerá  
para vuestra enfermedad,  
o el rescate pagará  
para vuestra libertad?

LUCRECIO Pienso yo  
qu'el señor no olvida, no,  
siendo la causa tan suya.  
Al que por él padeció,  
para que se restituya  
con honor;  
porque, como al servidor  
toca ser constante y fiel,  
así conviene al señor  
no ser ingrato con él.

PRUDENCIO Con razón,  
mas tras esa devoción  
no os metáis en tales leyes;  
que muchos vi de prisión  
olvidados por sus reyes,  
que cumplidos  
los servicios, y partidos  
del ojo los servidores,  
y los muertos y huídos,  
presto son de los señores  
olvidados,  
y pocas veces pagados  
sin grandes dificultades,  
porque tienen mil cuidados  
y cien mil necesidades  
que cumplir.  
Pues la causa de el ir  
a palacio el que allí va  
es ambición de subir  
donde por subir está.  
¡qué simpleza  
es prometerse riqueza  
donde tantos la desean  
y con tanta sotileza



la procuran y granjean,  
y tener  
animo de pretender  
oficios, cargos, honores  
donde tantos ha de haber  
hambrientos competidores,  
y pensar  
de conseguir y alcanzar  
potencias, mandos y rentas  
en parte que han de costar  
tanto peligro y afrentas!

LUCRECIO Todas son  
gran verdad en conclusión,  
señor Prudencio, esas cosas;  
mas cualquiera profesión  
tiene trechas trabajosas  
bien notadas,  
y todas esaminadas,  
las de palacio, a mi ver,  
serán las menos pesadas  
y más dignas d'escoger  
y seguir.  
Y bien que contradecir  
no puedo a vuestra sentencia,  
todavía querría ir  
a verlas por esperiencia;  
salvo si  
ya de todo punto aquí  
dais por cosa averiguada  
no me convenir a mí  
proseguir esta jornada.

PRUDENCIO Yo no quiero,  
por esto que aquí profiero  
estorbar vuestro deseo,  
aunque sé ser verdadero  
Lucrecio, lo que os enseño;  
que ya sé,  
porque yo también pequé,  
que aun en las cosas muy buenas  
no se da a las veces fe  
a relaciones ajenas  
sin probarse  
y en presencia examinarse,  
porque hay pocos o ninguno

que quieran desengañarse  
por consejo de otro alguno,  
y es vedado  
en cosas así de estado  
y elección de nueva vida  
dar consejo averiguado  
a ninguno, aunque lo pida.  
mas yo os digo  
como no falso testigo,  
si mi voto se tomase,  
que ni a pariente ni amigo  
yo nunca le aconsejase  
emplear  
con codicia de medrar  
en palacio su servicio  
mientras pudiese ocupar  
su tiempo en otro exercicio  
menos duro,  
donde sea más seguro  
el bien, y con más reposo,  
y el galardón más seguro  
y el gozar menos dudoso,  
sin dolor;  
y donde, siendo menor  
por dicha la utilidad,  
el gozo será mayor  
mediante la libertad;  
que no alcança  
igual bienaventurança  
hombre en esta vida humana  
con todo el bien y privança  
de la vida cortesana,  
que por ser  
muy sujeta a padecer  
desta tan preciosa prenda,  
se debería posponer  
a cualquiera otra vivienda,  
y pensar  
que habiendo campos de arar  
y molinos de moler  
huertas, viñas que labrar.  
Y do sembrar y coger,  
y pudiendo  
pasar la vida leyendo,  
en estudiar o escrebir,  
en yerro irla perdiendo

en la corte por servir;  
y gastalla  
o rompella o cautivalla  
en lo mejor de la edad  
entre la chusma y canalla  
es desvarío y vanidad,  
hinchazón,  
necedad y presunción,  
y soberbias y locuras,  
agonías y ambición,  
y otras tales desventuras;  
cosas vanas,  
altaneras y profanas,  
y muchas lisonjerías  
que las gentes cortesanas  
platican noches y días,  
muy ufanos,  
y entre mancebos livianos  
y caballeros gloriosos,  
galancetes y loçanos,  
estirados y orgullosos,  
que vagando  
por las calles cabalgando,  
a las veces dan y prueban  
ser más bestias, bien mirando,  
que las mismas que los llevan;  
y otros tales,  
hombres vanos, mundanales,  
y pueblo de poco vaso,  
que de virtudes morales  
se hace muy poco caso;  
de manera  
que pasada la carrera  
de la corte y su costumbre,  
cuando al cabo salís fuera  
de la loca servidumbre  
por partido,  
veis que habéis envejecido  
entre injurias y querellas,  
y que habiéndolas sufrido,  
aun distes gracias por ellas.

LUCRECIO Evidente  
cosa es que comúnmente  
el mundo va d'este modo,  
y do hay copia de gente

es fuerza lo haya de todo;  
mas también  
entiendo hallarse quien  
en vejez y juventud,  
sin engaño ni desdén,  
use en corte de virtud  
con los buenos,  
y se hallan por lo menos  
no pocos, a lo que siento,  
que aun a los pobres y ajenos  
hacen buen acogimiento,  
honra y fiesta,  
y sin llorar lo que cuesta,  
reparten de lo que tienen,  
teniendo la mesa puesta  
a cuantos entran y vienen,  
muy sin pena.

PRUDENCIO Cierto, Lucrecio, muy buena  
es esa costumbre tal;  
pero vos de tabla ajena  
no hagáis mucho caudal  
ni reparo,  
ni del socorro y amparo  
de mesas de caballeros,  
quo suelen costar más caro  
que comprados por dineros.  
y es el cuento  
qu'en el uso y seguimiento  
dése tal pan de dolor,  
ni suele quedar contento  
quien lo como ni el señor  
que lo da,  
el cual ha d'estar y está,  
sin haber por qué, obligado  
a cada necio que va,  
a tenelle aparejado  
de comer;  
y el donaire suele ser  
que d'aquellos que a tragar  
van, por dos que dan placer,  
doce suelen enfadar  
al patrón,  
porque la conversación  
de todos no es de una suerte;  
que unos dan recreación,

y otros son la misma muerte,  
de pesados;  
y a veces los convidados  
faltan cuando los querrían,  
y cuando están descuidados  
acuden más que debrían.  
y el que viene,  
si el dicho señor no tiene  
muy a punto la comida,  
también es fuerza que pene  
esperando su venida,  
tras la cual,  
como cosa principal,  
se pierde lo más del día;  
que sería menos mal  
pasalla en una hostería  
o mesón.

Pues si veis la confusión  
de la corte, veréis luego  
qu'el mar, con su alteración,  
no tiene menos sosiego.

Distraído  
anda siempre allí el sentido,  
el ánimo cuidadoso  
en mil partes repartido,  
en ninguna con reposo.  
toda cosa,  
aunque parezca sabrosa  
y próspera en lo presente,  
en palacio es trabajosa,  
de descanso careciente.  
no hay lugar  
ni tiempo tan sin pesar,  
tan libre, tan reservado,  
do quien sirva pueda estar  
sin mella de algún cuidado.  
aun comiendo,  
cenando, y aun durmiendo,  
por respeto de servir,  
se ha de estar siempre diciendo  
que aún hay algo que cumplir;  
de manera  
que do quiera y como quiera,  
la más dulce servitud  
desasosiega y altera  
y es causa de inquietud

y amargura;  
y el que descanso procura  
en corte, no piense habello;  
que mientras el servicio dura  
es imposible tenello;  
ni lo espere  
quien tras reyes anduviere,  
porqu'ellos mismos aquí,  
mientras otro mundo no hubiere,  
no lo tienen para sí.  
pues pensad  
que faltando libertad  
al que sirve y a su dueño,  
cualquiera prosperidad  
debe tenerse por sueño  
y se olvida,  
pues la libertad perdida  
y el trabajo, aunque se acierte,  
anda en cuenta con la vida,  
y el descanso con la muerte.

LUCRECIO No creyera,  
señor Prudencio, que hubiera  
en la vivienda de corte  
tantos duelos, ni que fuera  
tan sin placer y deporte,  
como entiendo  
de lo que mostráis diciendo;  
que al otro lo dixera,  
menos crédito, teniendo  
que vos, yo no lo creyera,  
sin proballo;  
pero, como veo y hallo  
ir tantos aquel camino,  
no fácilmente a dexallo  
me persuado ni me inclino.

PRUDENCIO Vos podréis  
hacer lo que bien veréis,  
si de vuestra condición  
por ventura conocéis  
tan grande moderación  
y templanza,  
qu'en parte que no se alcança  
descanso podéis pensar,  
y do falta la esperança,

tan caro suele costar;  
porque son  
de diversa inclinación  
los hombres, y do se emplean;  
unos reciben pasión  
con lo que otros se recrean;  
y así, hay tales  
que tienen por bien los males,  
y otros por malo lo bueno,  
según veis que hay animales  
que su deleite es el cieno,  
agua, lodo.  
En fin, por aquí va todo;  
que de todos es bienquisto  
el apetito beodo,  
y yo me acuerdo haber visto  
más de tres,  
aherrojados los pies,  
deleitarse en la galera;  
pero gran ventaja es  
mirarlos de talanquera  
cómo van  
con su miseria y afán  
muy contentos de engañados,  
y pocas veces están  
en un lugar reposados,  
porque andando  
tras reyes devaneando  
en vivienda peregrina,  
cada día enfardelando,  
porque siempre se camina  
sin reposo,  
y el que dél. es deseoso  
y quieto de natura,  
ved si le será sabroso  
no tener parte segura  
de aposento;  
pero ya qu'esté de asiento  
la corte en algún lugar,  
tampoco estará contento  
el que piensa descansar,  
porque luego  
desaparece el sosiego,  
silencio y tranquilidad,  
y suceden en el juego  
estruendos por la ciudad

y clamores  
tras los aposentadores,  
baraúndas, turbaciones,  
alborotos y rumores,  
voces, gritos y quistiones  
y ruidos,  
alharacas y alaridos,  
y otras molestias y penas  
y bullicios desabridos,  
de qu'andan las plaças llenas  
y encontrones  
por las calles y cantones,  
qu' no podéis escusallo,  
embaraços y empuxones,  
y aun pernadas de caballo,  
noche y día,  
y en lugar de policía,  
entre músicas y fiestas,  
desvergüenza y osadía,  
juegos y otras deshonestas  
alegrías,  
banquetes, borracherías,  
amores, disoluciones,  
tráfagos y burlerías  
y pecados a montones,  
muy sin cuenta,  
que do la corte frecuente  
suelen hacer residencia,  
porqu'el vicio se aposenta  
con muy bastante licencia  
a placer.  
Y si más queréis saber  
del cortesano exercicio,  
sabed qu'el aborrecer  
es el principal oficio,  
hazañar,  
meter mal y blasfemar,  
holgar, burlar y mentir,  
revolver y trafagar,  
murmurar y maldecir  
muy frecuente;  
por do queda al qu'esto siente,  
viendo el tiempo malgastarse,  
decir dél más propriamente  
perderse que no emplearse,  
pues se va



tras solo lo que les da  
a entender la voluntad,  
y apenas hay hombre allá  
sin secreta enemistad;  
y es de ver,  
a quien lo sabe entender  
y desto tiene noticia,  
publicarse el bien querer  
y encubrirse la malicia,  
componiendo  
alegre rostro, temiendo,  
con los ojos halagando,  
con la boca bendiciendo  
y con el alma tirando  
saetadas  
cruelles, enherboladas,  
deseando verse allí,  
las cabeças derribadas,  
uno a otro cabe sí  
con rancor;  
mas mirad otro primor,  
que al principio aun habrá alguno  
que os muestre y tenga amor,  
y andando el tiempo, ninguno,  
aunque déis  
por ello cuanto tenéis.  
Y lo hayáis bien merecido;  
vos tampoco no ternéis  
amor a nadie cumplido  
ni de veras;  
que las artes y maneras  
de corte, cuando se entienden,  
van descubriendo manqueras  
con que los hombres se ofenden  
y aborrecen;  
y así, los que permanecen  
en palacio luengamente  
más estudian qu'enriquecen,  
en huir de inconveniente  
y mirar  
de quién se deben guardar,  
sabiendo haber enemigos  
con quien han de conversar,  
y que aquellos son testigos  
avisados  
que andan dellos rodeados,

y qu'el tiempo y seso apenas  
bastan para estar guardados  
de las maldades ajenas;  
pues verdad,  
verdadera caridad,  
en pocos vi que cupiese,  
salvo con necesidad  
o con polvo de interese;  
de lo cual  
la causa más esencial  
es la falta de virtud:  
pero también sale el mal  
de sobra de ingratitud,  
que buscada,  
será do quiera hallada;  
pero la corte, a mi ver,  
es la más cierta posada  
que se le puede saber;  
do veréis  
no pocos a quien habréis  
hecho servicios sin cuento,  
en quien después hallaréis  
muy poco agradecimiento  
o ninguno.  
Ya diría yo de alguno,  
y aun de muchos que allí vi.  
Especialmente de uno  
a quien fielmente serví  
y ayudé,  
mas yo lo que dél saqué  
al cabo de la jornada  
fué malquerencia sin fe  
y enemistad de callada.

LUCRECIO Siendo eso  
verdad, según del proceso  
de vuestra relación siento,  
yo conozco y lo confieso,  
ser necio mi pensamiento,  
mayormente,  
pues se usa y se consiente  
que ingratitud prevalezca,  
que no hay vicio entre la gente  
al que más Dios aborrezca,  
ni pecado  
claramente castigado

en el Viejo Testamento  
con más rigor y cuidado  
que desagradecimiento.

PRUDENCIO Con razón.  
Pues demás deses pasión  
del estilo, orden y trato  
de la corte, hay un montón  
de otras cosas buen barato,  
do quien vive  
es causa que se cativa  
en ellas muy a la clara,  
como en sus Cartas lo escribe  
Fray Antonio de Guevara;  
que a su cuenta  
son ocho que andan en venta  
en corte, do se platican,  
y sin empacho y afrenta  
se pregonan y predicán  
por verdades  
mentiras y falsedades.  
Nuevas vanas y fingidas,  
engañosas amistades  
hombres y hembras perdidas,  
y muy finas  
envidias allí continas  
y malicias redobladas,  
palabras locas malinas  
y esperanças engañadas;  
y con estas  
andan también muy compuestas  
otras dolencias y males;  
unas pesadas, molestas  
y más espirituales  
y perfetas,  
iras, cizañas secretas,  
odios, bandos, competencias,  
que enclavan como saetas  
las almas y las conciencias  
y sentidos,  
con que muchos doloridos  
traen los baços hinchados  
y los livianos podridos  
y los hígados dañados.

LUCRECIO Tantas cosas me decís,

señor Prudencio, por ciertas,  
que no sólo me rendís  
a meterme por las puertas  
del creer  
pero para aborrecer  
toda vida cortesana,  
y serle, sin la saber,  
como a religión profana,  
enemigo

PRUDENCIO Pues creedme por testigo,  
Lucrecio, sin duda alguna;  
que todo cuanto aquí digo  
no es de treinta partes una  
de los males  
continuos y generales  
que a cada paso se ofrecen,  
y trabajos desiguales  
que en la corte se padecen  
con dolor:  
la cual sin duda es mejor  
para de lexos oilla  
por vía de relator,  
que para vella y seguilla  
ni gustalla,  
y sin entrar en batalla.  
Saber lo que pasa en ella,  
que para experimentalla  
con engaños y querella;  
en la cual  
el que no tiene caudal  
ni favor, está obligado;  
y el que vale, es por lo tal  
perseguido y odiado,  
sin poder  
excusallo, y viene a ser  
que ni el pobre mantenerse  
ni alcançar para comer,  
ni el rico puede valerse,  
con tormentos  
que les dan los pensamientos;  
y así, viven afligidos,  
y son pocos los contentos  
y muchos los aborridos  
con pasión,  
y es la causa la ambición

con que todos van a dar  
a endereçar su intención  
de privanças y medrar;  
y así es  
que muchos mueven los pies  
por ganar de cualquier modo,  
y al fin uno o dos o tres  
lo vienen a mandar todo  
en montón;  
por do digo en conclusión  
que la corte y sus cuidados  
no es buena de condición  
sino para los privados  
favoridos,  
que con los braços tendidos  
recogen los frutos della,  
y mancebos atordidos  
que no saben entendella,  
ni entendida,  
saben tomalle medida  
ni tiento en ninguna cosa.  
Es verdad, pues, que la vida  
de palacio es muy sabrosa,  
descansada,  
apacible y concertada,  
teniendo della noticia,  
para que, siendo gastada,  
nos pongan mucha codicia  
sus extremos,  
sino que allí padecemos  
hambre, sed, cansancio y frío,  
y duelos más que podemos,  
del invierno y del estío,  
y pobrezas,  
pesadumbres y gravezas,  
odios y persecuciones,  
disfavores y tristezas,  
enojos y tentaciones,  
y otros tales  
inconvenientes y males  
que sin fin contar podría,  
de que las cortes reales  
andan llenas todavía;  
mas notad  
que muchos, a la verdad,  
sufren miseria importuna

so color de libertad,  
no teniendo allí ninguna  
conocida,  
y porque no hay quien les pida  
cuenta de la vida ociosa,  
ocupada y consumida  
en holganza trabajosa,  
de do mana  
otra costumbre muy vana,  
que es darse a conversaciones  
livianas, do no se gana  
sino inútiles pasiones  
muy pesadas  
y aficiones escusadas  
para mayor perdimiento,  
por accidentes tomadas,  
y fundadas en el viento.

LUCRECIO Desafortunada suerte,  
peor que la misma muerte  
es la vida cortesana,  
pues al cabo se convierte  
en una locura vana;  
y sería  
aun más locura la mía  
si lo que antes que os oyese,  
como ignorante, quería,  
a sabiendas lo hiciese,  
sin estar  
muy seguro de ganar;  
y tengo por dicha buena  
el poder escarmentar  
con tiempo en cabeza ajena;  
bien que veo  
cosas que pido el deseo,  
no yendo por otras vías  
sin grandísimo rodeo,  
cómo vengan a ser mías.

PRUDENCIO Mucho importa  
al hombre, si se aconhorta  
de con poco contentarse,  
porqu'en esta vida corta  
no puede todo gozarse  
a la larga;  
antes a veces la carga

de bienes es desabrida,  
y se siente más amarga  
al tiempo de la partida.

LUCRECIO Pues, ¿por qué  
con tanto cuidado y fe  
buscan los hombres riquezas?

PRUDENCIO Por Dios, Lucrecio, no sé,  
sino por una simpleza  
de gozar  
en este mundo, y dexar  
a los hijos, cuando mueren,  
por lo cual suelen llegar  
a no saber lo que quieren,  
y sufrir  
trabajos hasta morir  
tras los reyes y señores,  
por alcançar con servir  
su mercedes y favores,  
señoríos  
y bienes con que baldíos  
sus hijos tomen placer.

LUCRECIO Yo por dexar a los míos  
no querría padecer  
un mal día;  
mas por propia causa mía,  
y mejorar mi partido,  
cualquier afán tomaría  
por ser del Rey bien querido  
y privado.

PRUDENCIO Ya os he dicho ser estado,  
por una parte pomposo,  
rico, soberbio y honrado,  
y por otra peligroso;  
por lo cual  
yo para mí en especial  
no querría, antes me temo  
qu'el Rey me quisiese mal,  
pero ni bien en extremo;  
porque amor  
es muy grave engañador,  
y así lo son, so sus leyes,  
las privanças y favor

de los príncipes y reyes;  
y el saber  
es, pudiendo no los ver,  
honrarlos sin conocellos,  
y teniendo de comer,  
no tener parte con ellos;  
porque al precio  
qué lo dan, pensad ser necio  
el que mucho lo porfía,  
y si me creéis, Lucrecio,  
buscando por otra via  
cual quisierdes,  
que siendo los años verdes,  
podéis hallarlo d'espacio;  
y huid mientras pudierdes  
de la prisión de palacio.

LUCRECIO Así espero  
hacerlo, señor; mas quiero  
avisar qu'esta consulta  
quedo, cuanto a lo primero,  
entre nosotros oculta  
solos dos,  
y el tercero será Dios,  
por que la gente no entienda  
el mal que me decía vos  
de la corte y su vivienda,  
ni doquiera  
sepan la triste manera  
del proceder y vivir;  
que no habrá después quien quiera  
ir a palacio a servir  
de su grado,  
y vos quedaréis culpado  
de los príncipes por ello.

PRUDENCIO Careced dese cuidado,  
que, no hay por qué tenello,  
ni pensar  
que mientras durare el mar  
los peces han de ser pocos,  
ni en tierra podrá faltar  
copia de necios y locos,  
de opinión,  
que con codicia y pasión  
se van tras el apetito;



de que, según salomón,  
es el número infinito,  
que por ver,  
y por probar y saber,  
buscan la corte de veras,  
en quien pueden escoger  
los príncipes como en peras.

LUCRECIO Pues así  
es, y no me cumple a mí  
la tal profesión de vida,  
según habéis dicho aquí,  
y yo la tengo entendida,  
como véis,  
suplicóos, señor, miréis  
por otra que más convenga,  
y cerca d'ella me déis  
buen consejo a que me atenga.

PRUDENCIO A la llana  
harélo de buena gana,  
Lucrecio, por complaceros;  
volveréis acá mañana,  
y habré de satisfaceros.